



JUAN SOLOVIČ

SOS

UNA SITUACIÓN HORRIBLEMENTE VIOLENTA

SLOVENSKÉ
DIVADELNÉ
A LITERÁRNE
ZASTUPITEĽSTVO

Juan Solovič

S O S

Una situación horriblemente violenta

Traducción de M. Rivas y M. E. Andrašková

L I T A

B r a t i s l a v a

1 9 6 9

PERSONAJES

Domingo Hachik

Angélica, su esposa

Rado, su hijo

Melita, su hija

Anastasia Kachka

Cirilo Mosca

Malvina

PRIMER ACTO

Una sala de estar amplia. Ventanas, puertas, muebles, adornos; las luces, las sombras y los sonidos necesarios para que los siete personajes de la obra puedan entrar y salir, sentarse y acostarse durante la noche.

Escena primera

ANASTASIA Y MALVINA. /A primera vista, dos vivaces ancianas de sesenta años, pero con aspecto de tener aún sesenta más por delante./

MALVINA. /Saborea con gusto el último pedazo de una salchicha y luego, durante toda la conversación, limpia esmeradamente con el pan el resto de mostaza que ha quedado en el plato./ Ni siquiera una salchichita como ésta... Para la merienda... Ni pensar. Puedes esperarla sentada más de un mes a veces.

ANASTASIA. ¿Y ya sabes lo que pasó? Que a mi yerno, a Domingo, le dieron una paliza. Ayer de noche.

MALVINA. Es cierto... De noche sólo lo que sobra del almuerzo. Como si lo hubieran jurado. Y cuando no sobra nada, nos toca conservas. Nos dividen una lata en dos porciones y nos mandan a dormir.

ANASTASIA. Te digo que si ya sabes que a mi yerno... a Domingo, le pegaron ayer de noche en la calle.

MALVINA. En la calle no. Las ventanas dan al patio. Eso sí que no lo puedo decir. Allí el sueño es muy tranquilo... Mejor que la comida.

ANASTASIA. Ah, Malvina, ya estás sorda como una tapia: pero tengo que contárselo a alguien. Ayer de noche, podrían ser poco más de las nueve. Domingo fue a jugar al ajedrez como todos los jueves. Quién diablos lo mandaba. Nunca ganó nada con eso. En cambio nuestro vecino, lo conoces, él juega a las barajas, al "preference", su hijo toca la trompeta en los entierros y la madre toca un piano viejo en los casamientos por civil. Así que a ellos sí que les conviene el

juego de mano. Ya no andan más a pie. Pero Domingo, ése no entiende que es necesario jugar para ganar algo. En dónde estaba? Ahá. Volvía a casa después de la partida. Y así no más, justo cuando iba subiendo la calle, de repente, alguien pide ayuda. Y Domingo, en vez de dar vuelta y desaparecer detrás del cerco, tuvo que ir a meterse entre ellos. Ya lo conoces. El famoso pedagogo fue a gestionar con los atorrantes. Y cobró también él. Apenas supimos venderlo, tanto se le hinchó la cabeza. Dicen que Neboziec quedó tirado en el suelo. Ese maestro rengo que anda con un pito haciendo de juez. Es un vago. Y a semejante tipo va a ayudar. Pero él es así. Puros libros, puro humanismo socialista, pero no sabe cuánto cuesta un kilo de pan.

MALVINA. De veras. No consigues una miga blanca y fresca con una buena corteza. Vaya a saber cómo hornean hoy día. En otros tiempos, una simple galleta tenía mejor gusto que el pan blanco de ahora. Pero ni siquiera eso nos quiere dar el Director. Dice que el pan blanco hace mal al corazón.

ANASTASIA. Sea como sea, Malvina, avísame cuando se desocupe alguna cama. Me iré contigo. Siempre mejor un cuarto en el asilo que aquí, en este encantador manicomio doméstico. Ahora también. Sólo Dios sabe cómo terminará todo esto. Neboziec sospecha de éstos del reformatorio. Fueron a interrogarlos. Se lo merecen. ¡Hacerles una residencia en el castillo a los vagos de toda la zona! Esto sólo puede ocurrir en este país.

MALVINA. De veras, sólo aquí. ¡El pan blanco es malo para el corazón! Y la carne de cerdo, para las arterias. La doctora nos dio una conferencia. Que con leche y con verduras todavía podremos vivir muchos años. Gracias, digo, muchas gracias por esos años. Les doy toda mi pensión, así que ocúpense de mí como corresponde. Y al fin y al cabo, yo entré a ese asilo recomendada por mi propio hijo. Y él sí que es alguien. Él entiende de política.

ANASTASIA. La política. Sólo que esa pensión tuya alcanza casi justo para la leche y la ensalada.

MALVINA. Ensalada para la carne. Pero la dan así no más, lavada. Sin vinagre, sin aceite. Me he quejado. Yo sé muy bien lo que le falta a esa ensalada! Y el Director, que no le estoy lo suficientemente agradecida al estado por su protección, que si no sé cuánto aporta el estado para la mantención de gente como yo. Y no tiene por qué. Que aumente la pensión para que alcance para la carne gorda y para el pan blanco y estiraremos la pata antes, como dice la doctora. ¿Quién saldrá ganando? Con toda seguridad, el estado. No tendrá que pagar tantos años. Ya hace tiempo que tenían que haberse dado cuenta esos inteligentes que deciden estos asuntos.

ANASTASIA. Y ahora estoy terriblemente curiosa de si consigue alguna indemnización por su cabeza rota. Le dije a Angélica que lo hiciera asegurar sin que él lo supiera. Pero quién sabe si el seguro comprende también la cabeza. Pero yo no aguantaré esto mucho tiempo. En cuanto muera alguna de ustedes, preparo mi atadito y, con la ayuda de Dios, terminaré mis días tranquilamente. Normalmente, y no como aquí. Esto no es para mis nervios.

MALVINA. Para los nervios es buena la miel. Nos pusieron un cartel sobre eso.

ANASTASIA. Díme, Malvina, ¿puede ser un hombre normal? Fue director de escuela, pero allí duró sólo un año. Al inspector le dijo que estaba en contra de la reforma escolar. Como si justamente estuvieran esperando si él, Domingo, estaba o no en contra de los liceos. Fue vicedirector. Bueno, al diablo, pensé; pero cuando también lo echaron de allí porque sólo él, cosa rara, no quiso ir a recoger papas con los niños, presentí que aquí algo no andaba bien. Y cuando lo sacaron de su puesto de maestro para meterlo entre los estantes de una biblioteca, entonces le dije a Angélica, sin vueltas: Divórciate antes de que sea tarde... No sé que le vio siempre. Si tan siquiera fuera un hombre. Pero un mequetrefe semejante... Es horrible tan sólo pensar que también los niños salieron a él. Ya ahora no se puede hablar normalmente con ellos. Pero yo, esto no lo aguantaré más, ya mis nervios no están para esas cosas.

MALVINA. Los nervios. Claro, pero si piensas que la miel no te va a ayudar, entonces...

ANASTASIA. Dios mío, hay gente que lo pasa bien. Quedarse tan sorda y no pensar en la vida más que en su panza insaciable. Pocos tienen tanta suerte.

Escena segunda

Rado y los anteriores.

RADO. /Entra corriendo, deja su cartera y ágilmente comienza a desvestirse./ Nas noches, viejas...

ANASTASIA. /A Malvina./ ¿Lo oyes? Es una suerte que no oigas, Malvinita. Te masculla eso en lugar de un saludo.

RADO. ¿Qué hay de nuevo en la cocina del seguro social? La comida ni para los perros...

ANASTASIA. ¡Rado!, por favor... Aunque es sorda, no corresponde...

RADO. Pero si hago una pregunta completamente cortés. ¿O ya lograron cambiar de tema?

ANASTASIA. Tú sabes muy bien que yo no me meto en tus cosas.

RADO. Pero vieja... No pongas cara del siglo pasado.

ANASTASIA. Ya te he dicho cien veces que viejas son las que tú corres.

RADO. Ésas son viejitas, viejitas de esta época.

ANASTASIA. Por lo menos, Dios mío, delante de Malvina...

RADO. ¿Papá todavía no volvió?

ANASTASIA. En la cocina tienes salchichas.

RADO. Pregunto si papá no ha vuelto todavía.

ANASTASIA. Y caliéntatelas. No las tragues frías.

MALVINA. Comida fría, cólera en casa.

ANASTASIA. Éste tiene un molino en lugar de estómago, pero la nena... Con ella tengo problemas. Ya a los quince años teme por su línea.

RADO. /En short y con una salchicha en la mano./ ¿No me ha buscado nadie?

MALVINA. /Púdicamente baja la vista./ Bueno, me parece que ya me voy. ¿Y en dónde dejé el paquete?

ANASTASIA. Pero quédate todavía otro rato... Y tú no andes desnudo cabreteando por aquí.

RADO. ¿Podrías arreglarme algo con la tía Malvina?

ANASTASIA. ¿A ti?

RADO. Que si no quiere una exhibición de belleza masculina.

Allí en el asilo. Podría arreglarlo. Todo un acontecimiento deportivo. De gran valor.

ANASTASIA. Que no tengas ni un poquito de vergüenza.

MALVINA. /Se levanta y pone el paquete sobre la mesa./ El cartero me obligó. Que lo tomara. Para el director. Seguro que de nuevo algunos carteles sobre cómo cuidar la salud. Y que no se te olvide de darme esa receta de albóndigas. Se la prometí a las cocineras.

ANASTASIA. Escucha, Malvinita, ¿y tú no podrías perder una que otra palabrita en mi favor, con tu hijo? Como se las ingenió para colocarte a ti. Para que otra vez alguien no me gane de mano. ¿Oyes? Que no me ganen de mano. Y además al Director dale mis saludos. Yo también ya tengo derecho a un poco de vida tranquila.

MALVINA. Y saludos. A Angélica y a tu yerno. Que hace mucho tiempo que no los veo. De veras, ¿cómo está? Ni me has contado nada.

ANASTASIA. Le pegaron. Ayer de noche, en la calle. En la cabeza.

MALVINA. La cabeza. Él es una gran cabeza. Gracias a los libros.

Hombre inteligente. ¡Qué pena! Hoy día nacen pocos como él.

/Se marchan./

RADO. /Las sigue con una larga mirada./ Ah, grabar todo esto a escondidas y de la noche a la mañana uno es más famoso que Sholohov.

ANASTASIA. /Regresa./ Por favor. Cuántas veces te he dicho que no tienes que andar desnudo delante de gente extraña.

RADO. Pero si la tía Malvina ya es...

ANASTASIA. Bromas aparte. ¿No tendrías que ir a ver a tu padre?

RADO. ¿Yo?

IA. Tengo el presentimiento de que todo esto no termi-
sólo con su cabeza rota.

a no puede pasarle nada peor.

na tercera

y los anteriores.

?Qué pasa aquí?

está enojada, que no cuidamos a papá.

?Todavía no volvió?

IA. ?En dónde estuviste, de nuevo, tanto tiempo?

?Tanto?... Por favor. Si hace un ratito que me fui.

IA. Pero tú qué temprano que empiezas a medir las ho-
en ratitos. Y al fin y al cabo, qué me importan ustedes.

en lo que quieran. Igual, yo no voy a aguantar esto por
o tiempo.

?Va a quedar libre algún lugar en el asilo de ancianos?

IA. Y como me quieren tanto, después pueden dedicarme

canción, por la radio. /A Melita./ Y tú, aquí tienes

carta.

?Cuándo llegó?

IA. ?Supongo que no pensarás que te la estoy escondiendo?

á entera. No tengas miedo.

?Yugoslavia?... Estimada Señorita... No parece una carta
pioneros.

En lo posible ocúpate de tus cosas, ?sí?

Tienes suerte de que mamá no te la haya agarrado. Un poco

de censura no te vendría mal.

/Nerviosamente rompe a pedacitos el borde del sobre./

¿Nunca oíste hablar, todavía, de que la correspondencia es

solable? ?Con tus años? ?Eh?

Parece que de nuevo alguien aquí quiere hacerse el chis-

o. !Muéstramela! Te tiemblan las manos. En tu vida

avía nunca abriste una carta del extranjero.

MELITA. /R

ANASTASIA.

oído es

de cien

caron u

todo el

la diri

RADO. No t

correr

torio.

va a ir

ANASTASIA.

que enc

a agua

RADO. Al e

ANASTASIA.

MELITA. /C

RADO. /Se

MELITA. ?C

RADO. Vier

ANASTASIA.

RADO. Pues

ANASTASIA.

RADO. Es u

ANASTASIA.

MELITA. ?C

RADO. ?Qué

ANASTASIA.

RADO. Tú e

ANASTASIA.

MELITA. Vi

Lee, es

RADO. "Que

y comun

junio d

por su

ANASTASIA. Tengo el presentimiento de que todo esto no terminará sólo con su cabeza rota.

RADO. Ya no puede pasarle nada peor.

Escena tercera

Melita y los anteriores.

MELITA. ¿Qué pasa aquí?

RADO. Está enojada, que no cuidamos a papá.

MELITA. ¿Todavía no volvió?

ANASTASIA. ¿En dónde estuviste, de nuevo, tanto tiempo?

MELITA. ¿Tanto?... Por favor. Si hace un ratito que me fui.

ANASTASIA. Pero tú qué temprano que empiezas a medir las horas en ratitos. Y al fin y al cabo, qué me importan ustedes. Hagan lo que quieran. Igual, yo no voy a aguantar esto por mucho tiempo.

MELITA. ¿Va a quedar libre algún lugar en el asilo de ancianos?

ANASTASIA. Y como me quieren tanto, después pueden dedicarme una canción, por la radio. /A Melita./ Y tú, aquí tienes una carta.

MELITA. ¿Cuándo llegó?

ANASTASIA. ¿Supongo que no pensarás que te la estoy escondiendo? Está entera. No tengas miedo.

RADO. ¿Yugoslavia?... Estimada Señorita... No parece una carta de pioneros.

MELITA. En lo posible ocúpate de tus cosas, ¿sí?

RADO. Tienes suerte de que mamá no te la haya agarrado. Un poco de censura no te vendría mal.

MELITA. /Nerviosamente rompe a pedacitos el borde del sobre./
¿Nunca oíste hablar, todavía, de que la correspondencia es inviolable? ¿Con tus años? ¿Eh?

RADO. Parece que de nuevo alguien aquí quiere hacerse el chistoso. ¡Muéstramela! Te tiemblan las manos. En tu vida todavía nunca abriste una carta del extranjero.

MELITA. /Retrocede con la carta./ Gracias por la amabilidad.

ANASTASIA. Por tu cariño y por tus abnegados cuidados. Ya han oído esto. Lo dijo Malvina. En el asilo tienen a una anciana de cien años. Sus nueve hijos y el doble de nietos le dedicaron una canción. Sinvergüenzas. Por la radio. Delante de todo el mundo. Por tu cariño y tus abnegados cuidados. Se la dirigieron al asilo.

RADO. No tengas miedo. Nosotros no te traicionaremos. Haremos correr el cuento de que estás en un balneario. O en un sanatorio. Esto es más fácil de creer. En los Tatras. Allá no va a ir nadie a visitarte.

ANASTASIA. Pero yo andaré por la calle diciéndoles a todos los que encuentre que estoy bien, aunque allá tenga que pasar a agua y pan duro. /A Rado./ ¿A dónde vas otra vez?

RADO. Al entrenamiento.

ANASTASIA. ¿Todas las noches?

MELITA. /Grita, de la carta cae una fotografía./

RADO. /Se precipita a levantarla./

MELITA. ¿Qué fecha es hoy?

RADO. Viernes catorce. Pero qué carta tan interesante es ésta.

ANASTASIA. ¿A ver?

RADO. Pues éste parece un pionero bastante crecido.

ANASTASIA. ¿Una chica? Pero si es un marinero, ¿no?

RADO. Es un grumete de Adrialíneas. Guapo.

ANASTASIA. Esto es lo único que nos faltaba. Un marinero.

MELITA. ¿Qué día es hoy?

RADO. ¿Qué cuentas estás sacando?

ANASTASIA. Por Dios...

RADO. Tú enseguida pensando en lo peor.

ANASTASIA. En esta familia ni se puede pensar de otra manera.

MELITA. Viernes catorce. /Le entrega la carta a su hermano./

Lee, es posible que me equivoque.

RADO. "Querida amiga Melita: Permítame saludarla cordialmente y comunicarle que iré a verla a Checoslovaquia el 14 de junio de este año. La veré en su bellísima ciudad. Gracias por su fotografía. La visitaré en la dirección combinada

y delante de la casa tocaré tres veces la bocina. Su Bozimir Trojanov".

ANASTASIA. ¿Que cuántas veces tocará la bocina?

RADO. Tres veces.

ANASTASIA. Y después, ¿qué?

RADO. Nuestra familia irá a darle la bienvenida a nuestro pretendiente con divisas.

ANASTASIA. Dios mío. Que tocará la bocina tres veces. Ni es necesario que toque. Aquí se levantará Jericó y sin bocinas.

MELITA. ¡Delante de los nuestros ni una palabra!

ANASTASIA. ¿Quieres mantenerlo en secreto?

RADO. Éstos harán, del asunto, un drama lírico que será una maravilla.

ANASTASIA. Pero, siquiera a mamá...

RADO. Justamente mamá tiene gran sentido para los problemas sentimentales de sus hijos.

ANASTASIA. Dios mío. ¡A los quince con marineros! Pero yo no quiero estar metida en eso. ¡No, no señor!

MELITA. No tienes por qué. Trata sólo de no traicionar.

ANASTASIA. ¿Cómo que traicionar? Tres veces tocará la bocina delante de casa ¿y después se hará invisible?

MELITA. Le conseguiré una habitación.

ANASTASIA. ¡Jesús querido! ¿Quieres irte con él a un hotel?

MELITA. ¡Shh! Creo que alguien ya...

ANASTASIA. Está tocando la bocina...

MELITA. No... viene.

Escena cuarta

Angélica y los anteriores.

ANGÉLICA. ¿Y papá? ¿Todavía no está en casa?

ANASTASIA. /Mueve la cabeza en silencio./

ANGÉLICA. Es terrible. En toda la ciudad no se habla de otra cosa. Desde la mañana, si no me preguntaron doscientas

personas quién le pegó y por qué le pegaron, ya no sé. Los niños, en la escuela, tienen la pregunta en la punta de la lengua. Todavía es una suerte que ellos no tengan coraje para preguntar.

ANASTASIA. Dios, y él que no viene. ¿Desde el almuerzo, que todavía no lo hayan podido encontrar?

ANGÉLICA. Estaba oscuro. No les vio las caras. Y tú, ¿a dónde vas de nuevo?

RADO. Al entrenamiento, por supuesto.

ANGÉLICA. Hoy podrías dejarlo. Papá está por llegar de un momento a otro.

RADO. ¿Y qué?... Si encuentra al culpable, ¿tengo que ir yo a vengarlo? Para estas cosas, existen actualmente métodos más modernos.

ANGÉLICA. En tu lugar, yo no tomaría a la chacota la tragedia de tu propio padre. Ayer le rompieron la cabeza a él, y hoy o mañana puede tocarle a uno de nosotros.

ANASTASIA. Desaparecer. Hay que desaparecer de esta maldita casa. Desaparecer lo antes posible.

ANGÉLICA. Mamá, por favor, tranquilízate.

MELITA. Todo se aclarará.

RADO. ¿Y si no se aclara?

ANASTASIA. Eso también es posible. A ese presidente de América. Hasta ahora no pueden decir exactamente quién le pegó el tiro. Y ése sí que era alguien.

ANGÉLICA. Mañana será necesario recorrer todos los comercios. Y espiar disimuladamente.

ANASTASIA. ¿El libro de quejas?

MELITA. Felicia Skrebka contó en clase que a su padre, en la carnicería, le escribió que era un farsante profesional y un ladrón.

ANASTASIA. Ves, ¡Jesús! Ése tiene una mano como para matar a un animal, no como este pobrecito nuestro...

ANGÉLICA. Por favor, mamá...

RADO. Pero a mí no me metan en el lío.

ANGÉLICA. ¿Realmente tú ya no sientes nada por tu padre?

RADO. Siento, pero al mismo tiempo me pregunto qué persona normal, hoy, quiere reformar el mundo.

ANASTASIA. Tiene razón. ¿Justo porque un tal Domingo le escriba en el libro de quejas, el carnicero Skrebka va a ser más honesto?

RADO. Yo todavía tengo un ejemplo más fresco. El sábado festejó su santo la jefa de la Casa de la Cultura. Hicieron una colecta para comprarle un regalo. Él no dio nada. Lo sé por el hijo de ella. Mandó decir que sólo contribuía para las coronas. Según él, ésa es la única colecta justa que reconoce, porque de ella nadie puede esperar una ventaja.

MELITA. ¿Que dijo eso? ¿Papá?... Es fantástico.

RADO. Fantástico, tal vez; ¿pero es normal?

ANGÉLICA. Por favor. Mejor vete a ese bendito entrenamiento.

RADO. Sabía que nos íbamos a poner de acuerdo.

ANGÉLICA. Nosotros hablaremos dentro de quince días.

RADO. ¿Dudas de que no termine el bachillerato?

ANGÉLICA. No soy yo la que va a estar delante de la comisión.

RADO. A veces no importa tanto quién está delante, como quién está detrás.

ANGÉLICA. Pues con toda seguridad que yo no.

ANASTASIA. Y por la noche, cuando llegas, podrías hacer menos ruido en el baño.

MELITA. /Después que se golpea la puerta detrás de Rado./

¿Mami?

ANASTASIA. /La mira, examinándola./

MELITA. Hoy... Hoy es viernes, ¿no?

ANGÉLICA. Sí, viernes. ¿Y qué?

MELITA. ¿No tienes universidad nocturna?

ANGÉLICA. Una vez podrán estar sin mí.

MELITA. Decías que tenías un informe.

ANGÉLICA. Papá está por volver de un momento a otro.

ANASTASIA. Tengo tan mal presentimiento...

ANGÉLICA. ¿Que allí no encuentren a nadie? A mí también me parece. Pero si con esos corrompidos nosotros nunca tuvimos nada en común.

ANASTASIA. ¿Qué corrompidos?... Aquellos que...

MELITA. Son patoteros incorregibles.

ANASTASIA. Pero Malvina me dijo que, para ella, son unos muchachos macanudos. Van a ayudarlas en el jardín.

MELITA. Es posible que el camarada Nebozic haya tenido algo con ellos.

ANGÉLICA. Y ellos golpearon a papá y ese entrometido no tiene ni un rasguño.

ANASTASIA. Él quedó debajo y Domingo cobró también por él.

MELITA. ¿Y cuando lo agarren?

ANASTASIA. ¿A quién?

MELITA. Pues a ese gangster... ¿Qué pasará después?

ANGÉLICA. Investigaciones, juicio, rejas... Hoy día ya no se hacen más consideraciones.

ANASTASIA. Sólo que Domingo, con su carácter, todavía le pide disculpas para que no se enoje por haberle ocasionado molestias.

MELITA. ¿Y no te parece que, a pesar de todo, tendrías que ir? ... Explicar...

ANGÉLICA. ¿Qué se está preparando aquí? Cuidadito con esas veladas de los viernes, cuando no estoy en casa; ¿ya te las tienes bien planeadas? ¿Quién te espera?

MELITA. Nadie.

ANGÉLICA. ¿Y quién tiene que venir?

ANASTASIA. Pero no tiene importancia.

ANGÉLICA. Por favor, mamá, ten en cuenta que tu nieta ya tiene sus años y que si de noche se escapa de casa, seguramente no es para jugar a las muñecas.

ANASTASIA. ¿A mí me vas a enseñar? Como si yo no supiera lo que hacías tú a su edad.

ANGÉLICA. Mamá, por favor... Trata de entender que hoy el mundo es un poco más complicado.

ANASTASIA. ¡Dios!... ¿Afuera no toca alguien la bocina?

ANGÉLICA. ¿Quién tiene que tocar la bocina?

MELITA. Nadie.

ANASTASIA. Nadie. Son los nervios. Sí, el mundo de hoy es un

poco más complicado. Y ese Domingo que no viene y no viene. Seguro que allí debió pasar algo otra vez.

MELITA. Pero si también están los policías con él.

ANASTASIA. Entonces, peor. Yo nunca le tuve confianza a los uniformes.

ANGÉLICA. ¿Y saben de quién sospecha nuestro comisario? De ese plomero morocho que vino a arreglar la cañería.

ANASTASIA. ¿Ése? ¿Y por qué justamente él?

ANGÉLICA. Parece que Domingo le echó en cara que si no le daba vergüenza hacer chingas con material robado.

ANASTASIA. No había oído nada.

ANGÉLICA. Bastó que alguien lo escuchara y se lo chismearon al comisario. Y el pobre tuvo que cumplir con su obligación y descubrió, en la casa del plomero, todo un depósito. Claro que todo robado.

MELITA. Pero si ellos querían pegarle a otro, no a papá.

ANASTASIA. Puede ser que también el tal Nebozic tuviera el baño tapado. Qué sabemos nosotros. Hoy día uno no puede creer en nadie. Hasta estuve pensando si no será una venganza de la escuela.

ANGÉLICA. Pero si ya hace años que no enseña.

ANASTASIA. Pero tú todavía sigues enseñando.

ANGÉLICA. ¿Por mí?

ANASTASIA. Qué sabemos nosotros. No puedes tener ni idea. Ahora la gente es cada vez peor.

ANGÉLICA. Si él enseñara, todo me sería claro. ¡Tenía unas maneras! No regañaba nunca a los alumnos por un cero en conducta, sino a los padres. Pero en la biblioteca, ahí sí que no puede hacer mal a nadie.

ANASTASIA. Eso crees tú. Ayer escuché por la ventanita del sótano cómo la Kladvich le contaba a su marido. Que había ido a pedir prestado un libro. Desde que tienen auto, no compran más libros. Y que pidió, según dice, algo de esa francesa. De esa que escribe sobre el amor. Y él, que es ya bastante vieja para leer esas estupideces.

ANGÉLICA. ¿Que le dijo eso? Domingo?

ANASTASIA. Bueno, le habré dicho: Estimada señora, podría elegir alguna otra cosa, pero ya ves, ella lo interpretó a su manera, como te lo digo.

MELITA. ¿Y no tenía razón? Amor a la francesa, eso quiere...

ANGÉLICA. ¿Qué puedes saber tú de eso?

MELITA. Quise decir que a veces también la forma predomina sobre el contenido.

ANGÉLICA. Si es posible ni una palabra sobre esto.

MELITA. Como quieras, pero es mejor discutir las cosas que...

ANGÉLICA. Yo te voy a dar discutir...

ANASTASIA. Así me gusta. Golpear. El método educativo más corto y más efectivo. Lo que pasa es que ahora no tienes con qué. Cinturones, ya no se usan y las varas, las abolió Makarenko. Así que en los hogares modernos no queda más que discutir.

Escena quinta

Domingo y los demás.

DOMINGO. /Se detiene silenciosamente en la puerta, con la cabeza vendada y una mirada cansada en los ojos./

ANGÉLICA. ¿Domingo?

ANASTASIA. ¡Por fin! El miedo que hemos pasado de nuevo.

ANGÉLICA. /Le mira la venda de la frente./ ¿No fuiste ni a hacer-te cambiar la venda?

DOMINGO. /Pesadamente mueve la cabeza./

MELITA. El tiempo, papito.

ANASTASIA. Qué se va a preocupar por sí mismo.

ANGÉLICA. ¿Sabes que puedes agarrar una infección?

DOMINGO. Tienes razón.

ANGÉLICA. ¿Y a pesar de eso no fuiste?

DOMINGO. No tuve tiempo.

ANGÉLICA. ¿Averiguaste algo, por lo menos?

DOMINGO. Nada.

ANGÉLICA. ¿Desde el mediodía? Entonces, ¿qué estabas haciendo allí?

DOMINGO. Estaba confrontando.

ANGÉLICA. ¿A quién? Si no averiguaste nada.

DOMINGO. La impotencia de este mundo.

ANASTASIA. ¡Dios mío! Y empezamos. Otra vez filosofando.

ANGÉLICA. ¿De modo que ni uno te pareció sospechoso?

DOMINGO. Ni uno.

ANASTASIA. De esta manera aquí se pierde el tiempo en todo,
a la buena de Dios. Sin resultados.

DOMINGO. Que sin ningún resultado, no lo podría afirmar.

ANGÉLICA. Entonces ¿qué? ¿Tienes alguna sospecha seria?

DOMINGO. Una sospecha seria, no; pero sí una seria decisión.

ANASTASIA. ¡Por Dios! ¿Qué has decidido?

DOMINGO. /Después de una pequeña pausa dramática./ Cuando lo
explique. Pues... Diría yo, cuando lo aclaremos con base
y profundamente. Seguro que me darán toda la razón.

ANASTASIA. Dios mío. Con base y profundamente. Ya será alguna
oferta de ese...

ANGÉLICA. Te pido por favor. ¡Siéntate y habla claramente! No
entiendo nada.

DOMINGO. Cómo empezar para que me comprendan lo más rápidamente
posible. /Contempla a las mujeres./

ANASTASIA. ¡Jesús! ¡Esos ojos raros! Y esa mirada... Tranquilidad
tranquilidad, Dominguito. Aquí estás entre los tuyos.

ANGÉLICA. ¿Te decidiste así no más, entre cuatro ojos, o tienes
testigos?

DOMINGO. Hasta ciento veinte tengo. Todos a los que dejaron
entrar allí.

ANASTASIA. ¡Ciento veinte, Dios del cielo!

MELITA. ¡Abuela!

DOMINGO. Y además de los ciento veinte, la sala estaba repleta
de gente. Es que era una reunión pública de ciudadanos.
A cada uno de esta ciudad le concierne directamente este
caso. Lo que me pasó ayer a mí, le puede pasar mañana a cual-
quiera.

ANGÉLICA. Es verdad, ¿pero qué has decidido?

DOMINGO. Fue algo impresionante.

ANASTASIA. ¿Les pegaban allí? ¿Delante de ustedes? ¿A esos corrompidos?

DOMINGO. Ciento veinte jóvenes seres humanos abandonados. La mirada de aquellos ojos... ¿Pueden imaginárselo? Pasamos con Nebozic delante de cada uno... Horrible. Chicos de la edad de los nuestros. Sin padres, sin madres, sin amor. Un horrendo cuadro en esas jóvenes almas pisoteadas.

ANASTASIA. No lo tomes tan en serio, Dominguito. ¿Qué tiene de lindo un alma capaz de pisotearle la cabeza a un inocente?

DOMINGO. Digo que ni uno de ellos me pareció sospechoso.

ANASTASIA. ¿Ni por la cara, ni por la voz?

DOMINGO. Cantar, no les ordenamos.

ANASTASIA. Pero entonces, ¿qué confrontación es ésa?

ANGÉLICA. No le corten el hilo. Que diga, finalmente, qué pasó allí.

DOMINGO. Para esos ciento veinte muchachos hay sólo cinco personas responsables. En la realidad y en el papel. El director, un instructor y tres como enfermeras. Terrible. Saltan por las ventanas, por el cerco, por el altillo. Una situación inaguantable. Cada día se hallan más desamparados y los responsables de su educación ya están al fin de sus fuerzas, de sus nervios, de su salud. Y no hay salida.

ANGÉLICA. ¿Cómo que no? ¡Pero si es un instituto estatal!

DOMINGO. El presupuesto no admite nuevos empleados y las camas ya han sobrepasado el doble de la capacidad.

ANGÉLICA. Entonces, ¿por qué toman más de lo que permite la situación, si no alcanzan?

ANASTASIA. Ésta es nuestra evolución. Plamearon un reformatorio y no tienen dinero. ¡Ni siquiera para un buen alambrado y rejas!

DOMINGO. La Oficina de Restauración cuenta con la renovación del castillo para dentro de siete años.

ANGÉLICA. Quiere decir que estamos a la voluntad de Dios.

DOMINGO. Sí y no.

ANGÉLICA. Cómo?

DOMINGO. Propuse una solución.

ANGÉLICA. ¿Tú?

DOMINGO. Sí, yo.

ANGÉLICA. /A Melita./ Ve a calentar el agua para el té.

DOMINGO. No, no la eches. Estoy curioso por saber qué opina una cabeza sin el peso de los prejuicios. Partí de mis propias experiencias. Les ofrecí mi ayuda pedagógica.

ANGÉLICA. ¿Quieres ir a enseñar de nuevo?

ANASTASIA. ¿A esos incorregibles? ¿Cuánto te ofrecieron por eso?

DOMINGO. Por ahora, nada.

ANASTASIA. ¿Y tú quieres hacerlo fuera de tu trabajo?

DOMINGO. Por suerte, en nuestro país, la educación es todavía el único trabajo que no se puede realizar como algo secundario, a medio sueldo.

ANGÉLICA. Si no así, ¿entonces cómo?

DOMINGO. Esta especialidad no admite aficionados. Todos me dieron la razón. Me puse de pie, y me dirijo a toda la reunión. ¿Estimados! Las improvisaciones en la educación arrastran estos resultados. Y señalé a los ciento veinte jóvenes agrupados. Nadie se me opuso y yo continué, preguntando. ¿Qué haremos? Todos sabemos muy bien qué es lo que les falta. Les falta una mano familiar. Una mano que acaricie y que castigue. Todos empezaron a aplaudirme. Y yo continué. Conozco la manera de ayudar eficazmente a esos jóvenes y cómo asegurarnos que no nos rompan más la cabeza. Todos nosotros, tal como estamos sentados aquí, tenemos hijos en casa. Los educamos. Aquéllos que creen que los educan correctamente no tienen que vacilar ni un minuto. Tomemos con nosotros a esos educandos. En nuestras familias. El dinero que el estado da al reformatorio, éste nos lo recompensará. Y siempre se encuentra un lugar más en la mesa. Yo soy el primero.

/Pausa, silencio./

Silencio... El mismo silencio se extendió también por aquella gran sala.

ANASTASIA. Esos ojos... esa mirada... ¿Dominguito? ¿A ti se te aflojó un tornillo?

ANGÉLICA. Y... ¿Y qué pasó, luego? ¿Y qué te contestaron?

DOMINGO. Callaron.

MELITA. ¡Papi, eres fantástico!

ANGÉLICA. De modo que tu propuesta no fue aceptada.

DOMINGO. El director salvó la situación.

ANGÉLICA. ¿Dijo que eso no estaba permitido por el reglamento?

DOMINGO. En absoluto. Declaró que me tomara la palabra. Y yo a él, que a sus órdenes. Dijo que me mandaría uno en seguida, antes de que lo pensara nuevamente.

ANGÉLICA. ¿Y tú qué le contestaste?

ANASTASIA. /Llorando./ Que en nuestra casa será recibido cordialmente.

DOMINGO. Claro, y con eso nos separamos. Así terminó la reunión.

ANASTASIA. ¿Uno de esos patoteros se vendrá a casa? ¿Y qué será de nosotros?

ANGÉLICA. Domingo.

MELITA. /A su madre./ Los sedantes, ¿los tienes en la cocina? Te los traigo.

DOMINGO. Angélica, querida. ¿Qué te pasa?

ANASTASIA. /A Angélica./ Es que con la paliza, se le han revuelto los sesos.

ANGÉLICA. No lo piensas en serio, ¿no? Eso es imposible, papito.

DOMINGO. Pero, ¿por qué no, mamita?

ANASTASIA. Un hombre normal no puede hacer en público una propuesta semejante.

DOMINGO. ¿Qué hay de anormal en mi propuesta?

ANASTASIA. Todo. Me visto y voy a anularla. Un hombre enfermo no es responsable de sus actos.

DOMINGO. Es posible que en un primer momento les parezca algo un poco chocante. Pero reflexionen.

MELITA. /Le entrega a su madre las tabletas./

ANASTASIA. Agua... Tráeme agua a mí también.

ANGÉLICA. ¿Cómo se te pudo ocurrir esa idea?

DOMINGO. De una manera lógica. Exempla trahunt. En poco tiempo, en el círculo de esta familia, ese muchacho tendrá que cambiar.

ANGÉLICA. Pero si nosotros tenemos dos hijos adolescentes.

DOMINGO. Justamente con ellos. Con ellos se va a formar.

ANASTASIA. O él te los formará. Y a ellos no les falta mucho para estar en forma.

MELITA. /Le entrega una copa a su abuela y se dirige a su padre./ ¿Y en dónde va a vivir ese patotero?

ANGÉLICA. En ninguna parte. Mañana de mañana tu padre irá a comunicarnos que lo hemos pensado mejor.

DOMINGO. Eso no lo puedo hacer.

ANASTASIA. Pero es que al fin y al cabo alguien aquí tiene que tener juicio.

DOMINGO. Yo mantengo mi decisión.

ANASTASIA. Haz lo que quieras. Pero yo ahora mismo empaqueto mis cosas.

DOMINGO. Sí, es lo más simple que se nos ocurre.

ANASTASIA. Yo, hace tiempo que cumplí con mi obligación. He educado a mis hijos. Y el que quiera hacer experimentos con los extraños, que los haga. Pero no quieran que yo, bajo mi propio techo, también viva temiendo por mi cabeza.

ANGÉLICA. De veras. Y qué si no fue realmente ninguno de ellos... Y qué si el culpable está escondido en otro lado. Hemos pensado en un montón de sospechosos.

DOMINGO. Lo que pasa es que en esta situación ya no cuenta en absoluto mi cabeza rota. Traten de comprender. Piensen un poco humanamente. Normalmente. La ciencia llegó a esta conclusión hace ya tiempo. Entiendan, alguien tiene que ser el primero en empezarlo.

ANGÉLICA. ¿Por qué tenemos que ser justamente nosotros los primeros? ¿Acaso estamos en una situación privilegiada para eso? ¿Tienes un buen sueldo para tal experimento? ¿Una casa grande? ¿Auto, un chalecito? ¿La situación que te mereces?

DOMINGO. No, no tengo. Pero en un tiempo estudié concienzudamente a Comenio.

ANGÉLICA. Una cosa es la teoría, pero la vida es la práctica. Y tú conoces la vida solamente a través de las seis dioptrías que te costó tu carrera y que un día nos llevará al borde de la desesperación.

ANASTASIA. Muy bien. Por fin te atreviste a decírselo sin rodeos.

DOMINGO. Angélica. Tú no lo piensas en serio, ¿no?

ANGÉLICA. Totalmente.

DOMINGO. Entonces, si no entiendo mal, tú y tu madre están convencidas de que yo... de que yo soy un poco...

ANASTASIA. Si fuera sólo un poco.

MELITA. ¡Abuela!

ANGÉLICA. Yo voy. Voy en seguida. Ahora mismo, antes que surjan palabras inútiles y complicaciones. Si no tienes el coraje de reconocer que has metido la pata, tendré que hacerlo yo por ti.

MELITA. Mamá, no hagas locuras.

ANGÉLICA. /Sin poder contenerse, le da una bofetada a su hija./
¿Qué has dicho?

DOMINGO. ¡Angélica! ¡Así no se juega!

ANGÉLICA. Tú eres la primera víctima del experimento de tu padre. /Se oye el timbre de la puerta de calle./

ANASTASIA. ¡Dios mío! ¿No están tocando la bocina?

ANGÉLICA. ¿Qué? ¿Es que todos tienen alucinaciones?

MELITA. Alguien toca el timbre.

DOMINGO. Vayan a abrir.

ANASTASIA. /A Melita./ Seguro que es Malvina. Aquí tienes. Entrégaselo. Como siempre se olvida de algo. El paquete.

MELITA. /Sale./

ANGÉLICA. ¡Qué escándalo!

DOMINGO. Lo habrá si lo haces tú.

ANGÉLICA. ¿Yo?

DOMINGO. Sí, porque yo no retiro nunca la palabra dada...

ANGÉLICA. Pero hoy en día la gente no vive de la palabra dada.

DOMINGO. Depende.

ANGÉLICA. Todos vivimos del dinero y en la palabra dada hoy se te...

DOMINGO. ¿Crees que no nos alcanzará el dinero que aporte el estado?

ANGÉLICA. Domingo, por favor, cállate porque no podré contenerme...

DOMINGO. ¿También tú descargarás tu rabia sobre mi cabeza?

Escena sexta

Malvina y los anteriores.

MALVINA. /Entra acompañada de Melita./ Pero eso no puede ser verdad... ¿Señor Domingo?

DOMINGO. ¿Cómo?

MALVINA. /Lo observa detenidamente./ ¿Es cierto eso?

ANGÉLICA. ¿Qué?

MALVINA. Lo que oigo...

ANASTASIA. /A los otros./ Dios mío, ¿qué puede escuchar ésta todavía?

DOMINGO. ¿Usted ha oído algo?

MALVINA. Claro, oí y ahora... ahora también veo.

ANGÉLICA. ¿Qué ve?

MALVINA. Su cabeza... Esa preciosa cabeza... Rota.

ANGÉLICA. /Gritando./ ¿Sólo eso? ¿Y nada más?

MALVINA. ¡Jesús! ¿Y qué más todavía?

ANASTASIA. /Le entrega el paquete./ Aquí... Te olvidaste de tu paquete...

MALVINA. ¿El paquete? Ahá... Qué importa ahora. Pero la cabeza. Una cabeza así. /A Anastasia./ Y tú sin decirme ni jota de esto. Tengo que enterarme afuera.

ANASTASIA. ¡Dios bendito! ¿Qué? ¿Ya lo anuncian por la radio?

MALVINA. ¡Señor Domingo! ¿Y ya lo han agarrado, por lo menos?

DOMINGO. Todavía no.

MALVINA. Y si no lo agarran... Señor Domingo. Iremos juntos a ver a mi hijo. A mi Geiza. Él lo arreglará. Él sí que entiende.

ANGÉLICA. ¿Entiende? ¿De qué?

ANASTASIA. De política, pues.

DOMINGO. La política, no la mezcle con mi caso. Por favor, eso sí que no. De lo contrario, tendría que protestar enérgicamente.

MALVINA. Protestar. Eso es. Así se habla. Protestar. Yo digo lo mismo. De otra manera, uno no puede nada.

ANGÉLICA. Por favor, mamá...

ANASTASIA. Pero si yo no protesto.

ANGÉLICA. Sé buena... Acompáñala...

/Suena el timbre./

ANASTASIA. ¿No ha tocado alguien la bocina?

DOMINGO. Alguien toca el timbre.

ANGÉLICA. Melita... ¿No oyes? Alguien está tocando el timbre.

MELITA. /Sale./

MALVINA. ¿Esperan visita?

ANGÉLICA. No, no...

DOMINGO. Pero sí... esperamos.

MALVINA. Bueno... Este... Yo ya me voy... Pero de veras, si fuera necesario hablar con mi hijo Geiza... Avísame no más...

ANASTASIA. Que tu Geiza piense sobre todo en mí. ¿Oíste?...
En mí.

MELITA. /Sorpresa, se detiene en la puerta./

ANGÉLICA. ¿Quién es?

MELITA. Él...

ANASTASIA. ¿Quién?

MELITA. Ese...

ANASTASIA. ¿El marinero de Yugoslavia?

MELITA. No. Ese corrompido del castillo.

ANASTASIA. ¡Dios bendito!

ANGÉLICA. Esto es el fin.

DOMINGO. /Se levanta./ ¡Tranquilidad y cortesía! /A Melita./
Llámalo. Que pase.

MELITA. ¿Puedo?

DOMINGO. Por supuesto. ¿Por qué dudas?

MELITA. /Desaparece tras la puerta./ Supongo que tenemos algo para la cena. Si no, renuncio a mi porción.

ANGÉLICA. ¡Es tremendo! ¡Terrible! ¡Increíble!

DOMINGO. ¡Shh!

Escena séptima

Ciro y los anteriores.

CIRO. /Se detiene en la puerta con una maleta en la mano./

DOMINGO. Por favor, adelante.

/Escena muda y estática. Unos a otros se miden con curiosidad

Pase... Pase, no nos tenga miedo.

ANASTASIA. /Susurrándole a Angélica./ Dios mío, y todavía éste lo trata de usted.

CIRO. Puede tutearme tranquilamente. Yo ya estoy acostumbrado.

/Le da la mano a Domingo./

DOMINGO. Domingo... Quiero decir... Hachik.

CIRO. Yo soy Mosca.

DOMINGO. ¿Mosca? Pero esto es grandioso.

CIRO. ¿Qué?

DOMINGO. Conocí a un Mosca.

CIRO. Pero yo llevo el apellido de mi madre.

DOMINGO. Ahá, entiendo.

CIRO. ¿Y cómo era ese hombre? Ese Mosca que usted conoció.

DOMINGO. ¿Aquél? Ya no me acuerdo muy bien. Han pasado años, pero tengo la impresión de que era todo un hombre honesto y respetable.

CIRO. Mi mamá, en cambio, decía que el nuestro era un vagabundo de primera categoría.

/Pausa./

DOMINGO. Ése... ¿como tu padre? Creo que tendrías que conocer también a los demás. Angélica, mi esposa.

CIRO. /Le da la mano a Angélica, que hasta ahora permanece muda./ Mucho gusto.

DOMINGO. La señora es su madre.

CIRO. ¿Su suegra?

ANASTASIA. Anastasia Kachka.

CIRO. Con un nombre tan cómico habrá oído muchas risas en su vida, ¿no es cierto?

ANASTASIA. ¿Que qué?

CIRO. ¿La abuelita ya no oye bien?... /Inclinándose sobre ella./

¡Digo que se habrán hecho el plato a costa de su apellido!

ANASTASIA. ¿Yo? ¿A costa de mí?

DOMINGO. Y esta señora es una buena conocida nuestra. La tía Malvina. Tampoco oye bien. Y ésta es nuestra hija.

CIRO. Melita.

DOMINGO. ¿Ustedes ya se conocen?

CIRO. Por esta asquerosa ciudad no andan muchas pollitas lindas.

ANGÉLICA. ¡El papel!

CIRO. ¿Qué papel?

ANASTASIA. El documento.

CIRO. ¿Que qué?

ANGÉLICA. El certificado.

CIRO. ¿De qué?

ANGÉLICA. ¡Y así no más lo mandaron?

DOMINGO. Angélica, puedes tutearlo.

ANGÉLICA. ¿Dónde tienes el permiso de salida?

CIRO. /Mira sorprendido a Domingo./ ¿Permiso de salida?

ANASTASIA. Y ahora, ¿así no más dejan salir del reformatorio, como si salieran a pasear: quien quiere, como quiere y cuando quiere?

CIRO. /Después de una pequeña pausa, a Domingo./ ¿Qué papel?

DOMINGO. /Se vuelve hacia las mujeres./ Este...

CIRO. Señor Domingo, yo puedo largármelas.

ANASTASIA. Así será mejor.

CIRO. /Toma su maleta./ Como les parezca.

DOMINGO. ¡No irás a ninguna parte!

ANGÉLICA. Irá.

ANASTASIA. Sí, irá.

MELITA. No, no se irá.

CIRO. ¡Dios mío! Señor Domingo, ¿qué significa esto?

DOMINGO. Deja esa maleta y siéntate.

CIRO. Como quiera.

/Afuera suena un bocinazo indefinido./

MELITA. ¿Es un bocinazo?... Es él que ya toca la bocina. /Sale corriendo./

ANASTASIA. ¡Por Dios! ¡Angélica! ¡Detén a esa muchacha!

DOMINGO. ¿Detener?

ANASTASIA. ¿Quién diablos sabe qué clase de hombre es!

ANGÉLICA. ¿Quién?

ANASTASIA. Este... como te lo podría... tú no sabes nada pero yo... Yo ya lo he visto.

ANGÉLICA. ¿A quién?

ANASTASIA. Este... A ese marinero.

ANGÉLICA. ¿Al marinero? /Sale corriendo./

ANASTASIA. /Sale detrás de ella, corriendo, y le entrega el paquete a Malvina a quien empuja de la habitación./ ¡Malvinita! El paquete...

/Desaparecen las mujeres./

DOMINGO. /Observa como salen./

CIRO. ¿Señor Domingo?

DOMINGO. Tranquilo, Cirilito.

CIRO. ¿Qué pasa?

DOMINGO. No sé... Parece que se enredó en nuestra familia algún marinero.

CIRO. ¿Y qué será de mí?

DOMINGO. Tú, aguanta.

CIRO. Eso dice usted. Pero yo, ¿a qué me tengo que atener?

DOMINGO. Al acuerdo.

CIRO. Del permiso no se habló.

DOMINGO. Me olvidé de eso.

CIRO. ¿Señor Domingo?

DOMINGO. Tranquilo, tranquilo.

CIRO. El acuerdo vale solamente por esta noche.

DOMINGO. Naturalmente.

CIRO. Pero entonces ya tendría que empezar.

DOMINGO. Todavía no estamos todos.

CIRO. ¿Señor Domingo?

DOMINGO. No tengas miedo.

CIRO. ¿Y qué si van a pedir algo más de mí?

DOMINGO. Habla de otra cosa.

CIRO. ¿Le vale la pena todo esto?

DOMINGO. ¿Ves esta cabeza rota?

CIRO. La veo, señor Domingo.

DOMINGO. Entonces tienes que aguantar.

CIRO. Aguantaré, pero usted tiene que hacer rodar el asunto...

DOMINGO. Naturalmente, yo lo haré rodar pero tiene que estar toda la familia.

MELITA. /Entra seguida por Angélica y Anastasia./ Por favor, mamá, no agrandes las cosas. Si no es nada.

ANGÉLICA. Te digo, a ver esa fotografía.

DOMINGO. ¿Qué fotografía?

ANGÉLICA. Lindas cosas. Nuestra hijita de quince años recibe cartas recomendadas, de amor.

ANASTASIA. ¿Recomendadas!

DOMINGO. ¿Quién había tocado la bocina?

MELITA. Nadie. Nadie tocó bocina. Eso les pareció sólo a ustedes.

ANASTASIA. /A Ciro./ Bueno, ¿y qué con ese permiso?

DOMINGO. El director se olvidó.

ANGÉLICA. De ello vamos a hablar con él, en lugares más adecuados.

ANASTASIA. ¡Eso sí que le gustaría a alguien! Ninguna responsabilidad y recibir el sueldo por nada.

CIRO. No gana mucho. Esos pocos cientos ni valen la pena.

ANASTASIA. ¿Y tú cómo lo puedes saber?

CIRO. Su mujer suele gritárselo a la cara. Arriba, desde nuestros cuartos, se oye muy bien todo lo de su casa, que está en la planta baja.

ANGÉLICA. Eso sí que es educación.

ANASTASIA. ¿Y gente así se ocupa de éstos?

CIRO. Pero sin embargo, son macanudos. Al lado de los anteriores son unos amigazos.

ANGÉLICA. ¿Los anteriores?

CIRO. Ya he vivido muchas direcciones.

ANASTASIA. ¿Cómo?

CIRO. /Gritando./ Digo que este castillo ya es mi tercer hogar.

ANASTASIA. ¡Dios mío!

ANGÉLICA. ¡Ha!, seguro que nos mandó al más selecto.

CIRO. No crean. Cómo abrirían los ojos si se les apareciera

aquí uno como Kravarchik. Ese sí que ya tiene larga cuenta a sus espaldas. Comparándome con él, yo soy un piojo.

DOMINGO. Me parece que tendrías que sentarte. Aunque no sé si sin ese papel...

CIRO. Eso puedo.

DOMINGO. Para mí lo importante es el hombre y no el papel.

CIRO. Como usted crea, por mí...

DOMINGO. Y entre tanto, la abuela nos va a preparar la cena.

ANASTASIA. No. Bueno... Yo... /Parte./

DOMINGO. Ella no oye bien.

CIRO. Seguro que tienen un buen circo con ella.

ANGÉLICA. Melita, muéstrale donde está el lavatorio. Vamos a cenar.

CIRO. Como quieran. /Ambos salen hacia el baño./

ANGÉLICA. /Cuando se oye cerrar la puerta./ Ya he vivido contigo más de un sobresalto, pero que eres capaz de hacer una locura como ésta...

DOMINGO. !Shh! Más bajo. !Modérate en tus expresiones!

ANGÉLICA. ¿Yo? ¿Que yo tengo que contenerme, mientras que aquí, un muchachote, ese corrompido moral, vivirá junto a mis hijos?

ANASTASIA. /Regresa./ Pues yo, sin postergación y definitivamente, preparo mis maletas.

DOMINGO. !Espere! Espere todavía un momento.

ANGÉLICA. Ni un momentito. Se lava las manos, le damos de comer y te lo llevas.

DOMINGO. De algún modo tendremos que aguantar hasta la mañana.

Mañana por la mañana vendrá el director. Traerá los papeles.

ANGÉLICA. Al cuerno él y sus papeles.

DOMINGO. Shh. Más bajo.

ANASTASIA. Que uno tenga miedo de abrir la boca en su propia casa. Pero esto es porque hasta ahora hemos sabido perdonarte todo, porque confiábamos en que los años te darían juicio, pero tú, cuanto más viejo eres, más...

DOMINGO. !Más bajo!

/Se oye un grito de sorpresa de Melita, en el baño./

ANASTASIA. ¡Por Dios! ¿Qué pasa allí?

ANGÉLICA. /En la puerta, choca con su hija./ ¿Qué pasa?

MELITA. Nada. ¿Qué iba a ser?

ANGÉLICA. ¡Pero si estás toda mojada!

MELITA. Abrí la canilla y él la tapó con la mano.

ANASTASIA. ¡Qué juicio a esa edad! Pero el baño lo lavarán ustedes.

MELITA. Qué me importa.

ANGÉLICA. ¿La oyes, papi? ¿Oyes? Sólo hace cinco minutos que está aquí y ella, ya, que no le importa...

ANASTASIA. ¿Y qué hace allí tanto tiempo? ¡Dios mío! Pero allí tenemos muchas cosas. Puede llevarse algo.

MELITA. Está probando la ducha.

ANGÉLICA. Ve a decirle que no la usamos.

MELITA. Pero se está desvistiendo.

ANASTASIA. ¡Jesús!

MELITA. Tiene unos tatuajes sensacionales.

ANGÉLICA. ¿En dónde?

MELITA. En el pecho.

ANASTASIA. ¿También el pecho le has visto ya?

ANGÉLICA. Así que no es sólo un maleante, sino también un tatuado.

ANASTASIA. Que alguien vaya a decirle que no abra la ducha, que gotea. ¡Ay!, siento que me está subiendo algo.

DOMINGO. La neurosis. Ocurre a veces.

ANASTASIA. ¿Y tiene toalla? No tiene... Seguro que se seca con la nuestra. Eso sí, yo no la lavaré más.

DOMINGO. La suya la tendrá en el maletín.

CIRO. /Entra./ ¡Cómo gotea! Habría que ajustarla un poco.

ANASTASIA. No es necesario. Hace un par de días estuvo el plomero.

CIRO. Como le parezca. A mí no me importa, pero mañana se lo podría hacer.

DOMINGO. Por supuesto que puedes. Por lo menos repararás lo que hizo ese chapucero.

ANASTASIA. ¿Y entiendes de esos trabajos?

CIRO. Uno, en el reformatorio, aprende diferentes oficios.

ANGÉLICA. ¿En vez de estudiar?

CIRO. En lugar y a la vez.

ANGÉLICA. Así que allá habrá un maravilloso orden.

CIRO. No crea. Si no fuera por la mala comida, sería bastante pasable.

ANASTASIA. Dios mío, éste, seguro, ya anda con hambre. /Desaparece en la cocina./

ANGÉLICA. ¿Y tú, ahora, en qué año estás?

CIRO. Soy del 53.

ANGÉLICA. ¿Entonces, en el noveno?

CIRO. Sí, pero con algunos problemas.

DOMINGO. ¿En matemáticas o en idiomas?

CIRO. En las dos. Lo importante es que ya terminé la escuela.

DOMINGO. ¿Y qué si todavía tuvieras gusto por estudiar?

CIRO. Lo dudo.

ANGÉLICA. Aún eres muy joven para dudar si te es necesario estudiar o no.

CIRO. ¿Y usted? Clavado que es maestra, ¿no?

DOMINGO. /A su mujer./ Este chico tiene viveza.

CIRO. Uno se da cuenta fácilmente por la manera de hablar.

ANASTASIA. /Entre tanto, con Melita, trae la comida a la mesa./

DOMINGO. Bueno... ¡Sentémonos!

CIRO. Bueno...

MELITA. Buen provecho.

CIRO. /Comienza a comer con gusto./ Buen.

ANGÉLICA. /Observa a Ciro y luego mira a su familia./ Y bien...

¿No nos revelarías algo de ti? ¿Cómo fuiste a dar hasta un reformatorio?

CIRO. ¿Por qué no? Puedo contarlo.

ANASTASIA. Con confianza. Delante de nosotros no tienes por qué ocultar nada. De esta casa no sale nada.

CIRO. Mire, no es ningún misterio. En realidad, a mí se me complicó todo por el puesto de mamá.

ANGÉLICA. ¿Por el puesto?

CIRO. Sólo por eso. La hicieron jefa. Si no fuera por eso, estaría viviendo regiamente mi juventud.

ANGÉLICA. Tenemos que entender esto como que tu madre te...

CIRO. Me complicó inútilmente la vida.

ANGÉLICA. Pero creo que podrías explicarnos mejor el caso.

CIRO. Es un caso común.

ANGÉLICA. Entonces tu madre...

CIRO. Me tuvo antes de lo que debía. Desagradable, pero no fue culpa mía.

ANASTASIA. ¿No sería mejor hablar de estas cosas con él, luego?
¿Solos?

CIRO. Se casó después, mucho más tarde. Nunca me olvidaré de ese casamiento. Imagínense, ese día me emborraché por primera vez en mi vida. Tenía nueve años. Interesante cómo uno se acuerda de esas cosas. /A Domingo./ ¿Usted también se acuerda de la primera vez que estuvo en estado interesante?

DOMINGO. ¿Yo?

CIRO. Habrá sido hace mucho. Ya ni debe acordarse.

DOMINGO. Yo... Yo aún nunca estuve en ese estado.

CIRO. ¿De veras? /Mira a las mujeres que asienten con la cabeza./ ¿Usted está enfermo? ¿No puede? Eso tiene que ser muy aburrido.

ANGÉLICA. Con que tu madre...

CIRO. Nos entendíamos bastante bien, pero luego vino ese señor que tenía que hacer de padre de repuesto, y de golpe tuve dos hermanas. Y lógico, empezamos a no aguantarnos.

ANASTASIA. ¿A tu edad? ¿Nervios?

CIRO. Eso tendrían que vivirlo. Justo cuando quería roncar tranquilamente, tenía que mandarme mudar.

ANGÉLICA. ¿Tú te fuiste de tu casa?

CIRO. Probé tres veces, pero sin resultado.

ANGÉLICA. ¿Y en la escuela qué con eso?

CIRO. Se armaba la gorda.

ANGÉLICA. ¿Y tu madre?

CIRO. Afirmaba que se suicidaría por mí.

ANASTASIA. Con toda razón.

DOMINGO. ¿Y ese señor? Digo tu padre...

CIRO. ¿El de repuesto?

DOMINGO. ¿Era muy severo contigo?

CIRO. Ni tanto. Era un comodón bueno, pero a la vez hipócrita.

Ya lo tengo calado.

DOMINGO. ¿Según qué lo juzgas?

CIRO. Convenció a mi madre para que entre los dos se librarán de mí.

ANASTASIA. ¡Dios mío!

CIRO. Cuando en la escuela le dijeron que recomendaban para mí ese instituto tan difícilmente educable, puso cara de muy ofendida, que ella sola es capaz de educarme. Pero después empezó a trabajarla él. Ya sabe. Un jefe. Le consiguió un buen lugar también a ella. Justo en ese momento hice uno de mis intentos y por el asunto, vino a la escuela hasta el mismo inspector en persona. Conmigo no discutió, pero escuché detrás de la puerta de la dirección, cómo le decía a mamá algo de educación, moral y otras cosas de esas. Y ella, que el tiempo no alcanza para nada, siempre reuniones, concejos, asambleas. Y él, entonces le contestó que como funcionaria podían remplazarla y perderla dondequiera y cuando quiera. Pero que como madre, eso no es posible. ¡Señores! Tendrían que haber visto cuando salió. Me abofeteó bien y después no tuvo más objeciones contra ese instituto. Hasta estuvo de acuerdo con el aumento de la mensualidad que le exigían por mí.

ANASTASIA. De veras, ¿cuánto paga?

ANGÉLICA. ¿Y fue a visitarte alguna vez, siquiera?

CIRO. No, pero los dos me mandaron una postal para mi cumpleaños.

ANASTASIA. Dios mío... Pero... Pero sírvete todavía. ¿Así que ni un paquetito te mandaron? ¿Qué gente debe ser? Con su propio hijo.

ANGÉLICA. ¿Y tus hermanas? ¿Ellas son también como tú?

CIRO. Ellas hasta ahora sólo mean los pañales, en las guarderías semanales.

DOMINGO. ¿Y otros parientes cercanos, no tienes?

CIRO. No, sólo un cierto tío. Creo, en alguna parte de occidente.

ANGÉLICA. ¿Y en tu casa, no se peleaban nunca por tí?

CIRO. ¿Esos? Ellos se adoran. Y también en voz baja se pusieron de acuerdo en se que librarían de mí.

ANASTASIA. Pero no lo hagan hablar tanto. Que coma.

CIRO. /Aparta sus cubiertos y le entrega a Melita la servilleta de papel sin usar./ ¿No coleccionas?

MELITA. Pero, ¿qué piensas tú?...

CIRO. Perdón. Claro. Es un entretenimiento sólo para pioneras.

ANASTASIA. ¿Estaba bueno?

CIRO. Sí, estaba rico, pero... /Mira a su alrededor./ Parece que ninguno de ustedes fuma...

DOMINGO. ¿Tú fumarías?

ANGÉLICA. En nuestra casa no se fuma.

MELITA. Pero yo sé dónde guarda sus cigarrillos Rado.

ANGÉLICA. ¿Cómo? ¿Él fuma?

DOMINGO. Cierto. ¿Dónde está este muchacho, de nuevo hasta tan tarde?

ANGÉLICA. Tiene entrenamiento.

DOMINGO. Hace más de dos semanas que no lo veo.

ANGÉLICA. Lindo padre. Dos semanas sin ver a su propio hijo y toma a un extraño para educarlo.

CIRO. Conmigo no van a tener trabajo. Estoy acostumbrado a la disciplina.

ANASTASIA. Debe ser horrible la vida en ese castillo. ¿Verdad?

ANGÉLICA. ¡Hmm! Vean. Y mamá ya se ablandó.

ANASTASIA. ¿Y con quién lo ponemos a dormir?

CIRO. ¿Que con quién?

DOMINGO. Mamá piensa que en dónde. Ves, la casa no es demasiado grande. Aquí, en cada habitación, siempre alguien duerme con alguien.

ANGÉLICA. Abramos este sofá y duerme con Rado.

CIRO. Hasta la mañana en cualquier lado. Y mañana pueden traerme una cama del reformatorio. La cama no es problema.

ANGÉLICA. ¡A nosotros... nos alcanza lo que tenemos! /A Melita./ Sube con él. Traigan las cobijas del desván. Tenemos que prepararlo.

MELITA. /Se detiene un momento./

CIRO. Ven, larguémonos. Aquí tendrá lugar una conversación secreta. /Salen./

DOMINGO. Ese muchacho tiene la percepción de un hombre maduro.

Delante de él tendrán que expresarse con más cuidado.

ANASTASIA. Yo sabría decirle a su madre lo que se merece.

ANGÉLICA. ¿Qué haremos?

ANASTASIA. Prepararles la cama.

ANGÉLICA. Digo, ¿qué hacer en esta situación?

DOMINGO. Como quieras. ¿Aún sigues decidida a librarte de él?

ANASTASIA. Eso no podemos. No faltaba más...

ANGÉLICA. Mamá, por favor... ¿No te diste cuenta de nada todavía?

ANASTASIA. Dios mío, ¿qué descubriste?

ANGÉLICA. Que yo no formo parte de este juego. De ningún modo.

DOMINGO. Pero, ¿por qué?

ANGÉLICA. ¿Qué, también estás sordo ya? ¿No has oído? ¿No se dio a conocer bastante claramente? Si no es un simple individuo difícil de educar. Es un niño difícil de educar. Y en este caso, ¿se animan a hacerlo?

DOMINGO. Crees que no podremos con él...

ANASTASIA. ¡Dios mío! No mezcles la política con esto.

DOMINGO. Bien dicho. Nunca tuvo nada en común con la educación.

Como maestra tendrías que saberlo. La educación es un proceso en el cual lo decisivo es saber cuál es el cabo del problema.

/Se oyen, de arriba, los grititos alegres de Melita; todos quedan pasmados./

ANGÉLICA. /Después de una corta pausa./ Bueno, ahí la tienes..

Empieza... Puedes empezar... Por el cabo preciso.

O S C U R I D A D - I N T E R V A L O

SEGUNDO ACTO

/Una hora más tarde. El decorado permanece igual; en el sofá, preparado para dormir, está acostado Ciro. En la oscuridad brilla la lucecita roja de su cigarrillo. En el silencio se oye el chirrido de la puerta de la cocina./

Escena primera

Ciro y Melita.

CIRO. /Se esconde debajo de las cobijas./

MELITA. /Entra en pijama y se detiene. Se orienta en la oscuridad, huele el humo y queda sorprendida./

CIRO. /Desde debajo de las cobijas, mira con precaución./

MELITA. ¿Tú fumando aquí?

CIRO. Pero no...

MELITA. ¿Y qué haces?

CIRO. Estoy durmiendo.

MELITA. No duermes.

CIRO. Y a ti qué te importa.

MELITA. ¿Más bajo!

CIRO. Yo no molesto.

MELITA. Escucha...

CIRO. ¿Qué pasa?

MELITA. ¿Afuera nadie tocó la bocina?

CIRO. ¿Quién tiene que tocar?

MELITA. ¿No oíste tres bocinazos?

CIRO. Ni uno.

MELITA. ¡Qué raro! Pero sí hoy es 14 de junio.

CIRO. Todavía sí. ¿A quién esperas?

MELITA. Ah, a nadie.

CIRO. ¿Y así no más me despiertas? Por nada y para nada.

MELITA. Todavía no dormías.

CIRO. ¿Cómo podías saber que no dormía?

MELITA. Lo presentía.

CIRO. Rara señal. Tres bocinazos a medianoche, en plena calle. No saben ponerse de acuerdo con un silbidito que no despierta a nadie?

MELITA. Tú qué sabes.

CIRO. Pero, ¿y entonces por qué vienes detrás de mí?

MELITA. Por sí, por casualidad, habías oído algo. Duermo con mi abuela en la pieza de detrás de la cocina.

CIRO. ¿Tengo que ir a despertarte? No cerraré los ojos hasta la madrugada.

MELITA. Alcanza con que me chistes.

CIRO. ¿Y tu gente lo sabe?

MELITA. ¿Qué?

CIRO. Que tienes una cita. A medianoche.

MELITA. Qué te importa.

CIRO. Parece que eres muy valiente.

MELITA. Sí, soy. Y estoy de acuerdo en que te quedes con nosotros.

CIRO. ¡No seas loca! ¿De veras?

MELITA. De veras.

CIRO. Pero mira que me sorprendes mucho. Así que, con toda seguridad, en esta familia tú eres la que ha salido a tu padre...

MELITA. ¿Por qué?

CIRO. Yo no puedo ni imaginarme que me quisieran meter a un extraño en mi pieza y en mi cama. No lo aceptaría ni en un socialismo superdesarrollado.

MELITA. Pero sí papá, realmente, ha querido tu bien.

CIRO. Este padre tuyo es verdaderamente...

MELITA. Es macanudo, lo que pasa es que en su vida nadie quiere comprenderlo.

CIRO. Es que también es difícil de entender... Con esas manías. Traerse a su casa a uno de los que lo golpearon.

MELITA. ¿Así que entonces fueron ustedes?

CIRO. ¿Y lo dudas?

MELITA. Pero no fuiste directamente tú.

CIRO. Eso no tiene importancia.

MELITA. A mí me lo puedes decir. Palabra de honor, a mí puedes.
Yo no te traicionaré.

TIRO. ¿Y para qué te sirve saberlo?

MELITA. Quisiera vengar a mi padre.

TIRO. ¿De qué película tienes eso?

MELITA. ¿Tú crees que hoy ya no se usa?

TIRO. Tenemos gente mucho más competente para las venganzas.

MELITA. ¿Y si éstos no averiguan nada?

TIRO. Entonces no habrá venganza.

MELITA. Mira que tú también eres un caso. ¿Tuviste que horro-
rizarlos de tal manera a todos?

TIRO. ¿Con qué?

MELITA. Mostrando que no eres un caso común.

TIRO. ¿Cómo?

MELITA. Mamá tiene miedo de si contigo vamos a... Entiendes,
nosotros como...

TIRO. Esto es fantástico. ¿Ustedes están chiflados?

MELITA. ¿Qué te permites! Yo decía que lo principal... era aga-
rrarte por el cabo exacto.

TIRO. ¿Por qué?

MELITA. Todavía no lo he pensado.

TIRO. Trata de sacar la cuenta y verás qué resultado raro te
sale.

MELITA. Mira, es difícil. Una educación correcta.

TIRO. ¿Qué es eso...?

MELITA. Es que es difícil.

TIRO. ¿Y viniste a decírmelo justamente a la cama? ¿En pijama?

Y estás sentada aquí, a oscuras, en pijama, en la cama, con
un hombre extraño.

MELITA. ¿Y a ti te molesta? Comprende, yo veo en ti, ante todo,
al ser humano. Y después al corrompido. Aunque mamá tiene
otro parecer sobre esto.

TIRO. De veras, debe ser un plato. ¿Y a ti, según qué molde te
educa?

MELITA. ¿A mí?

TIRO. Método educativo número tal y tal. Se hace de la siguiente

manera: primero, levantar el tono de la voz, en caso de hablarle seriamente a la educanda; segundo, en situaciones delicadas, mandar siempre a la educanda a buscar algo en la otra habitación. Tercero, si ya mandada, la educanda regresará a terminar el debate de los educadores con un silencio o en otra lengua.

MELITA. ¿De dónde lo sabes?

CIRO. También conmigo probaron estos métodos.

MELITA. Y eso que podría hacerse tan sencillamente. Y al fin y al cabo, hoy en día nos educamos solos.

CIRO. Sólo que ellos no quieren entender que en los autoservicios no ponen a la fuerza la mercadería que el cliente no desea.

MELITA. Es cierto. Escucha, ¿quién dijo eso?

CIRO. Yo te lo digo.

MELITA. Pero lo leíste en algún lado.

CIRO. Claro.

MELITA. Yo... A mí me encanta leer literatura prohibida. Ya tuve prestada la *Sexología Moderna*... Buena lectura ésa.

CIRO. A nosotros también nos habló, cierto sociólogo, sobre las enfermedades venéreas. Hoy se usa... Dentro del plan de accionamiento a la juventud. A los mayores hay que tomarlos con reserva. La mitad, o tal vez un tercio, de todo lo que dicen es verdad y lo demás, pura espuma. La soplas y se deshace.

MELITA. Lo que más me apena es que no dejan que se les explique las cosas. Todo se podría discutir, ¿no es cierto? Sólo que en esta casa todo intento de discusión termina antes de empezar. De esta manera ellos se creen eficaces. Por ejemplo con Rado. Y conmigo... Conmigo, las más de las veces, todo termina con una simple y estúpida bofetada.

CIRO. Qué daría yo por una, pero verdadera buena bofetada. Una bofetada que todavía nadie describió como método educativo. Cuando estuve por primera vez en el reformatorio, recibí una bofetada así, de un maestro. Ése sí que fue un golpe. Pero de repente me sentí un poquito más inteligente. El viejo que me la encajó, ése era un tipazo. No pegaba por rabia ni por autoridad, como la mayoría de los adultos. Yo lo quería

Todos lo queríamos. Pero lo echaron.

MELITA. Oye, Ciro, Tú ni eres tan raro como me parecía. ¿Ya tienes novia?

CIRO. Claro. Por supuesto... Queremos casarnos. En la primera ocasión propicia.

MELITA. Más bajo!

CIRO. ¿Qué pasa? ¿Toca alguien la bocina?

MELITA. No. Viene alguien.

CIRO. ¿Dónde?

/Se oyen pasos desde el dormitorio./

!Escóndete rápido!

MELITA. ¿Y tu novia, es linda?

CIRO. ¡Chito! /La esconde a su lado, cubriéndola con las cobijas./

Escena segunda

Domingo y los anteriores.

DOMINGO. /Se detiene en la puerta, en pijama y con una pequeña linterna alumbró su camino; inseguramente pasa por el cuarto y se dirige a la cocina./

MELITA. ¿A dónde fue?

CIRO. Puedes adivinar tres veces adónde se suele ir en pijama.

MELITA. Tengo que desaparecer.

CIRO. Espera. Te verá cuando pases por allí.

MELITA. Pero aquí no puedo quedarme.

CIRO. Entonces métete debajo del sofá, si crees que es más cómodo.

MELITA. ¿Te alumbró?

CIRO. Alumbró pero no vio nada.

MELITA. ¿Cómo sabes?

CIRO. No tenía anteojos.

MELITA. Ah, ¿Y qué hora puede ser?

CIRO. Shh.

/Puerta./

DOMINGO. /Regresa. Va alumbrando el cuarto con la linterna y lentamente pasa cerca del sofá. Ciro finge dormir, pero Domingo se detiene a su lado y le alumbra los ojos, con insistencia./ Oye, ¿Cirilo?
/Ciro no responde; Domingo se sienta junto a él y lo sacude por los hombros./

¿Cirilito?

CIRO. ¿Qué?... ¿Qué pasa...? ¿Por favor?

DOMINGO. ¿No duermes todavía?

CIRO. Sí... Justamente empezaba a soñar.

DOMINGO. Y a mí me pareció que no dormías. Conozco esa sensación. Es difícil dormirse en una cama ajena.

CIRO. Yo ya estoy acostumbrado.

DOMINGO. Oye, ¿Rado ya duerme? ¿Cuándo volvió?

CIRO. ¿Cuándo? Qué sé yo. Yo ya dormía.

DOMINGO. Bueno, ahora lo dejaremos para mañana. Como lo hemos combinado.

CIRO. De acuerdo. Pero usted es el autor de este circo. ¿No tendríamos que ir, me parece... mejor a la cocina, si todavía tiene algo que decirme?

DOMINGO. No, no. Allí al lado duerme mi suegra con Melita. Ellas al contrario, tienen un sueño muy liviano. Y esto no es para sus oídos.

CIRO. Más bajo y apague esa linterna. Que estemos aquí en completo incógnito.

DOMINGO. Tranquilízate, Cirilito. No tengas miedo.

CIRO. ¿Yo? Yo estoy tranquilo.

DOMINGO. ¿Y porque estás tranquilo tiembles?

CIRO. Eso sólo le parece a usted.

DOMINGO. Entonces, al asunto.

Escena tercera

Anastasia, Angélica y los anteriores.

ANASTASIA. /Se detiene en la puerta./ ¿Melita?

DOMINGO. /Sorprendido, mira a su suegra./ ¿Qué pasa?

ANASTASIA. Ay, Dios... ¿Quién anda ahí?

DOMINGO. Tranquila. Soy yo...

ANASTASIA. ¿Domingo? ¿Y dónde está la niña?

DOMINGO. ¿Qué niña?

ANASTASIA. Tu hija...

DOMINGO. Si ella está durmiendo.

ANASTASIA. ¿Con quién? La cama está vacía.

DOMINGO. Pero no es posible.

ANASTASIA. ¡Por las llagas de Dios! Yo lo presentía. Huyó con ese marinero.

DOMINGO. Ah, sólo son imaginaciones tuyas. Por el sueño.

ANASTASIA. ¿Imaginaciones? ¿Me imaginé yo algo, alguna vez? La cama está vacía.

DOMINGO. Pero eso es... Pero eso es imposible... /Sale por la puerta, detrás de Anastasia./

MELITA. /Debajo de las cobijas, a Ciro./ Y ahora, ¿qué? ¡Estamos fritos!

CIRO. Aguanta... ¡Métete ahí! /La cubre con su cobija./

DOMINGO. /Regresa asustado./ ¿Cirilito? ¿Y tú? ¿Y tú no has oído nada? Tuvo que pasar por aquí.

CIRO. Yo... Yo tengo un sueño pesado, señor Domingo.

ANASTASIA. /Abre la puerta del dormitorio de los Hachik./

¡Angélica! ¡Levántate!

DOMINGO. Por favor, tranquila. No hacer escándalo. Tiene el corazón muy débil. Que no le vaya a dar... Es lo único que nos faltaría.

ANGÉLICA. /Desde su cuarto, irrumpe a la sala./ ¿Qué pasa?

¿Nos robó algo?

ANASTASIA. ¡Este es el resultado de tu educación! Yo lo presentía.

ANGÉLICA. ¿Qué ha desaparecido? ¿Dinero?

ANASTASIA. ¡Melita! ¡Desapareció! Ésta tiene sólo unos pocos años y ya le permiten escribirse con marineros.

ANGÉLICA. ¿Melita? /Gira./ ¡Domingo! ¡No estés ahí parado!

DOMINGO. ¿Y dónde tengo que pararme?

ANASTASIA. Y él pregunta. ¡Chicos! ¡No duerman! ¡Levántense!..
 ¡Rado! ¡Muévete! ¡Unos extranjeros te están violando a tu
 hermana!

/Arrebata energicamente las cobijas que ocultan a Melita./
 /Silencio./

MELITA. /Después de una pausa./ A mí... A mí no me está violan-
 do nadie...

ANGÉLICA. ¿Qué significa esto? ¿Domingo? ¡Agua!

DOMINGO. Los sedantes...

ANASTASIA. ¡Y la funeraria!

DOMINGO. ¿Melita? Tesoro mío. ¿Qué significa esto?

MELITA. Nada. Absolutamente nada. No significa absolutamente
 nada.

DOMINGO. En una cama y nada... Y sí...

ANGÉLICA. ¿En el sofá? ¿Y en casa? ¿Con este corrompido?

DOMINGO. Caramba. Qué situación ésta...

ANASTASIA. Horrible.

DOMINGO. Más violenta que horrible.

ANGÉLICA. Escandalosa.

DOMINGO. ¿Angélica? ¿Te sientes mal?

MELITA. ¿Te traigo el agua?

ANGÉLICA. /Grita./ ¡Mí un paso fuera de aquí! ¿Están antes o
 después de aquello?

CIRO. Si usted piensa en lo mismo que nosotros.

ANGÉLICA. Soy madre, tengo que saberlo...

CIRO. Entonces estamos antes; ¡no es cierto, señor Domingo?

DOMINGO. Ahora no mezcles eso aquí.

ANGÉLICA. Si en este momento no me vuelvo loca, entonces ya
 nunca en mi vida. Domingo, ¿tú lo sabías?

DOMINGO. /A Melita./ ¿Podrías explicarnos qué estabas haciendo
 aquí?

MELITA. Naturalmente, ¿por qué no? Quería pedirle que me des-
 pertara si, por casualidad, oía tres bocinazos.

ANGÉLICA. ¿Bocinazos? ¿Tú te piensas que yo me trago esos cues-
 tos estúpidos?

DOMINGO. Tranquilos, tranquilos.

ANGÉLICA. ¿Y tú pides tranquilidad? ¿Y tú te dejas engañar con esa simple y descarada excusa que se inventaron?

MELITA. No es una excusa.

CIRO. Y menos, descarada e inventada.

MELITA. Cierto.

ANASTASIA. En mi juventud, a eso no se le decía cierto...

ANGÉLICA. ¡Yo te voy a dar cierto! Lo cierto en este momento es sólo esto. Han sido sorprendidos.

CIRO. Pero si yo estoy acostado en el lugar que ustedes me indicaron.

ANGÉLICA. ¡Cierra la boca, atorrante! ¡Ni una palabra más!

CIRO. Eso sí que no. En ese juego yo no entro.

MELITA. Él no tiene la culpa.

CIRO. Ni ella. No hizo nada malo.

ANGÉLICA. ¿Los oyes? Éstos son sus conceptos sobre la moral.

Al fin, todavía nos culpan a nosotros por haberlos pescado aquí, bajo nuestro techo y detrás de nuestras puertas.

DOMINGO. Angélica... Estás muy excitada, y en realidad no debió pasar nada.

MELITA. Ni pasó.

ANGÉLICA. Silencio... ¡Ni una palabra!

CIRO. Ah, claro... El que calla otorga. ¿Pero qué tenemos que confesar? ¿Lo que ustedes, con gran horror, piensan que aquí ocurrió, aunque no ocurrió nada absolutamente?

ANGÉLICA. Domingo, por favor... ¡Dile que se calle!

CIRO. Como quiera, qué me importa; pero esto, en realidad, no es un juego limpio.

MELITA. /A Ciro./ Y no me creñas cuando te decía que aquí no se puede discutir normalmente con nadie.

DOMINGO. ¿Y por qué no se puede? Hablaremos.

ANGÉLICA. ¿De qué? ¿De qué quieres hablar tú con una hija de quince años a la que encuentras en la cama con alguien...? Pero si es un shok capaz de traumarlo a uno para toda la vida.

CIRO. Me temo, señora Hachik, que el shok todavía nos espera.

ANGÉLICA. ¡Cállate! No creas que porque eres hijo de funcionario se te perdonará todo...

DOMINGO. ¿Dónde está Rado?

ANGÉLICA. ¿Dónde está? Por supuesto que en el básquetbol. Están jugando un campeonato. Eso tendrías que saberlo en primer lugar tú. ¡Eres su padre!

CIRO. ¿No tendríamos que ir a buscarlo?

ANGÉLICA. A dormir... Lo primero aquí es ir a dormir.

ANASTASIA. Y por la mañana, impostergablemente y sin miramientos, tomaremos el asunto por su cabo.

ANGÉLICA. /A Melita./ ¿Y tú? Tú te vienes conmigo. Desde ahora dormiremos juntas.

MELITA. ¿Y papito?

ANGÉLICA. Con ése ya hace tiempo que no tengo de qué hablar por las noches.

/Salen las mujeres./

DOMINGO. /Después de una pausa, cuando se queda solo con Ciro./ Me imagino, Cirilito, que la entiendes. Es madre. Algún día, cuando tengas hijos, te acordarás. Algún día lo comprenderás. De qué surgen y por qué explotan los nervios.

CIRO. Espero.

DOMINGO. Entonces, ¡muy buenas!

CIRO. Espere, señor Domingo.

DOMINGO. ¿Qué pasa?

CIRO. ¿Ya viene?

DOMINGO. ¿Quién?

CIRO. /Señala la puerta detrás de la cual se oyen pasos./

DOMINGO. /Apaga la luz y salta a esconderse detrás de la cortina de la ventana./

Escena cuarta

Rado y Ciro

RADO. /Cuidadosamente se descalza en la puerta, camina algunos

pasos y cuando se orienta en la oscuridad y constata que en el sofá abierto duerme alguien, primeramente se detiene sorprendido, y luego, casi instintivamente, salta hacia la puerta del dormitorio; pero entonces se da cuenta de que ya está amaneciendo. De pronto recuerda que esa noche Melita esperaba un huésped y con una sonrisa de alivio, comienza a desvestirse. Luego, como entendiendo algo, se golpea la frente, se inclina sobre Ciro dormido y murmura para sí./
 ?El marinero de Adrialíneas? Pero esto es el colmo. Lo pusieron justamente en mi cama.

/Cuando Rado levanta la cobija, Ciro se sienta volviéndose hacia él. Rado, en la semipenumbra, aún no lo reconoce y le da la mano./

RADO. Salud, compañero... ?Qué tal?... Se duerme bien en tierra firme, ¿no? No es como el mar. No se te mueve el esqueleto.

CIRO. ?Qué?... ?Qué pavadas estás diciendo?

RADO. /Estupefaco./ ?Y tú hablas también nuestra lengua? ?Eslo-
vaco?

CIRO. ?Qué, estás chiflado?

RADO. ?Yo? /Salta al sofá./ ?Quién eres?

CIRO. Quietito.

RADO. /Enciende la luz./ ?Tú?

CIRO. Yo.

RADO. ?Qué estás haciendo aquí?

CIRO. Como ves. Estoy durmiendo.

RADO. /Quiere apartar a Ciro de un empujón, pero éste lo detiene de un fuerte manotazo./ ?Cómo viniste a parar aquí?

CIRO. Te digo, más despacio, porque si no...

RADO. Si no, ¿qué?

CIRO. Estás metido hasta el cuello. Estoy aquí porque me invitaron. Y si armas escándalo inútilmente, te lo torceré así...
 Tú sabes cómo se tuerce el pescuezo...

RADO. Suéltame... Suéltame inmediatamente.

CIRO. ?Vas a pedir ayuda? ?A quién? ?A mamita?

RADO. !Idiota!

CIRO. Si aquí hay un idiota, ése eres tú. Y de primera.

RADO. Suéltame, animal...

CIRO. Por fin un lenguaje inteligente. ¿Es que nosotros dos nos pondremos de acuerdo, no?

RADO. Chistes, aparte. ¿Cómo te metiste aquí?

CIRO. Puedes adivinar tres veces.

RADO. ¿Cómo?

CIRO. Para que me eduquen.

RADO. ¡Otra vez a papá se le ha ocurrido alguna idea genial!

CIRO. Eso tienes que preguntárselo a él.

RADO. ¿O?... Ahá... Ya entiendo. Te descubrió en la confrontación. /Lo toma por el cuello./

CIRO. Con cuidado porque soy quisquilloso. /Hábilmente coge a Rado por las dos manos./

RADO. Bueno, bueno... /Dolorosamente./ Suéltame, tarado, ¿qué tienes en esas manos?

CIRO. Nada raro.

RADO. ¡Ésta sí que es una idea! ¿No pudo entregarte enseguida a la policía?

CIRO. Como ves, no.

RADO. Contigo otra vez querrá ensayar algún nuevo método.

CIRO. No sé. Eso se lo puedes preguntar a él.

RADO. ¿Y te dejan así no más aquí? ¿Durmiendo sin vigilancia?

CIRO. Como ves, solito... Todos me tienen mucha confianza.

RADO. Naturalmente. No saben con quién tienen el honor.

CIRO. Me presenté. Y nos hemos puesto de acuerdo.

RADO. ¿En qué?

CIRO. En cómo se tiene que reorganizar todo aquí. El régimen diario, el régimen familiar.

RADO. ¿Qué diablos estás diciendo?

CIRO. Con los huéspedes yo me expresaría con más corrección.

Estoy aquí para que me eduquen. El reformatorio paga por mí ¿entiendes?... Tu familia quiere mejorar un poco su situación ¿Qué, te quedaste mudo? ¿Tengo que traducírtelo para que lo entiendas mejor?

RADO. Todo esto se lo inventó papá.

CIRO. Yo no sé si lo inventó o lo leyó en algún lado. Simplemente planeó un experimento.

RADO. Pero mira, escucha bien. Si me estás haciendo el cuento, te haré trapo.

CIRO. Sólo que ojo, no vayas, por casualidad, a hacerme cosquillas de nuevo...

RADO. ¿Eso significa que tú quieres quedarte aquí en nuestra casa?... ¿A vivir?

CIRO. Puede ser...

RADO. ¿Y hasta cuándo?

CIRO. Qué sé yo. Hasta que logren hacer de mí un hombre decente. No depende del todo de mí.

RADO. Mira, yo te voy a romper el lomo. Yo te...

CIRO. No te hagas el guapo, que por ahí se te rompen los pantalones...

RADO. Así no. Esto se tiene que arreglar inmediatamente. Que se levanten todos en seguida. Ellos no tienen ni la menor idea del huésped que metieron en la cama.

CIRO. /Lo sujeta nuevamente./ Espera, no te levantes. No despiertes a nadie. Apenas hace un rato que se fueron a dormir. Temblando como una vara verde, después de la escena.

RADO. ¿Qué escena?

CIRO. Pescaron a tu hermana aquí, conmigo.

RADO. ¿Qué?

CIRO. Aquí, debajo de tus cobijas.

RADO. ¿A ti todavía nadie te rompió la cabeza?

CIRO. Todavía no, pero puedes intentarlo... ¿A ver? ¡Muéstrame cómo se hace!

RADO. Escucha. Desembucha la verdad. ¿Qué estás haciendo aquí?

CIRO. Estoy aquí para que me eduquen.

RADO. Quitate la máscara.

CIRO. No te pongas nervioso.

RADO. Oye...

CIRO. Bajito, porque aquí todos tienen un sueño demasiado liviano.

RADO. Yo te conozco bastante bien.

CIRO. Y yo a ti también.

RADO. ¿De veras que dices la verdad?

CIRO. Al principio parecía que por la mañana me iban a hacer volver, pero después... Después lo pensaron mejor.

RADO. ¿Y qué quieres hacer aquí?

CIRO. Tú me enseñarás matemáticas, tu hermana, lenguas, y yo, a la vez, me encontraré algún trabajito para los que ustedes no tienen mano. Les gotean las canillas, y cosas así por toda la casa. Y parece, según ellos, que por la mañana se agarrarán las cosas por el cabo exacto.

RADO. ¡Qué estupidez! Para volverse loco.

CIRO. Tranquilo, tranquilo, como dice tu señor padre. Es posible que de esa estupidez seas tú el que salga ganando más.

RADO. ¿Yo? ¿Estás chiflado?

CIRO. Qué va, pero pienso que podemos ponernos de acuerdo.

RADO. ¿Nosotros dos?

CIRO. Exactamente.

RADO. ¿Y en qué? Te salen tantas estupideces de la boca, que ya das asco.

CIRO. Tu señor padre tenía orden de esperarte aquí. Pero confió en mí. Me parece que aquí tendré que hacerle estos servicios nocturnos.

RADO. /Le da la espalda./ Déjame tranquilo.

CIRO. No me importa qué piensas de esto, pero dentro de un rato suena el despertador y aquí comenzará el baile. Podríamos llegar a un acuerdo entre nosotros dos solos.

RADO. No tengo en qué. Justamente contigo ponerme de acuerdo.

CIRO. Como quieras. /También él se vuelve./

RADO. /Después de una pausa./ Escúchame, tú...

CIRO. Estoy durmiendo.

RADO. Si sueltas algo...

CIRO. Por fin se te prendió la lamparita. ¿Y qué si ya lo hice? Tú crees que yo me metí aquí sólo porque sí. ¿Por tu linda cara?

RADO. ¿Entonces qué haces aquí todavía? ¿Qué estás esperando? ¿O piensas que voy a desnudar mi alma justamente delante de ti?

CIRO. No chilles; es inútil.

- RADO. /Salta hacia Ciro./ ¡Esto te saldrá caro!
- CIRO. /Lo atrapa de un golpe y ágilmente se le coloca encima./
Bueno, si quieres. Vamos a sacar las cuentas.
- RADO. ¿Estás loco? ¡No me ahogues!
- CIRO. Eso no. Eso no quiero.
- RADO. ¿Y qué quieres?
- CIRO. Tú lo sabes muy bien.
- RADO. Si tú también lo sabes, ¿qué quieres de mí todavía?
- CIRO. /Gritando./ ¡Yo quiero oírlo en voz bien alta! Bien alta, para que lo oigan todos. ¿Quién le rompió la cabeza a tu padre? ¿Entiendes? En voz bien alta... ¿Quién le rompió la cabeza a tu padre?
- DOMINGO. /Sale de detrás de las cortinas y abre las puertas de los cuartos de las mujeres./
- CIRO. En voz bien alta nos lo dirás a todos para que no surjan suposiciones y dudas inútiles!
- RADO. Suéltame... ¡Suéltame!
- CIRO. ¿Sabes qué es lo que tienes que decir?
- ANGÉLICA. ¡Domingo! Haz algo. ¡Lo va a ahogar!
- DOMINGO. No tengas miedo. Lo tiene agarrado correctamente.
- ANGÉLICA. ¡Suelta! ¡Inmediatamente suelta a nuestro hijo!
- CIRO. No puedo. Si lo suelto no se lo dirá.
- ANGÉLICA. ¿Qué tiene que decirnos?
- CIRO. Quién le rompió la cabeza al señor Domingo.
- ANASTASIA. ¡Dios mío! ¿Y él lo sabe?
- CIRO. Por supuesto.
- ANASTASIA. Llamen a la policía.
- DOMINGO. Tranquilos, tranquilos.
- CIRO. /Arrodillado sobre el pecho de Rado./ ¿Con que no? Te dura demasiado. ¿De golpe no puedes acordarte? ¿Quién le rompió la cabeza a su propio padre? ¿Quién organiza aquí partidas nocturnas para cazar gente? ¿Quién amenazó a Nebozic por haber silbado con justicia un penal contra nuestro equipo de mierda, en el que ya hace tiempo no hay ni un deportista, solamente especuladores? ¿Quién es el peligroso en esta ciudad? ¿Nosotros detrás del cerco, o éstos que andan de

CIRO. No es nada. Sólo me arañó. Tendrían que cortarle las uñas.

ANASTASIA. ¡Si fueran sólo las uñas! Afeitarle las patillas, cortarle esas mechas...

DOMINGO. ¡Ve a lavarte! ¡En seguida! ¡No puedo ver sangre!

ANGÉLICA. /Repite silabeando y arrastrando cada letra./ ¿U-na tram-pa?

MELITA. /Le abre la puerta del baño./

DOMINGO. ¡Tú no! Él...

/Pausa./

RADO. Este... Aquello fue así...

ANGÉLICA. ¡No quiero oír nada!

DOMINGO. Tendríamos. Tendríamos que escucharlo, Angélica.

RADO. Tu cabeza... Fue una equivocación.

ANASTASIA. ¿Una equivocación? ¿Con cuatro puntadas?

RADO. Aquí nadie tiene nada contra ti.

DOMINGO. ¿Y entonces, en contra de quién? ¿Quién aquí tiene algo contra alguien que debe arreglárselas con él en la oscuridad?

ANGÉLICA. Hace tiempo que afirmo que lo que se practica hoy en este país, no tiene nada que ver con el deporte.

DOMINGO. Ten cuidado, querida, porque de nuevo tiras afuera.

ANGÉLICA. ¿Yo?

DOMINGO. Aquí cayó un gol. Y éste no se puede discutir de ninguna manera.

ANGÉLICA. Te ruego, habla normalmente. Ya no puedo aguantar tus anormales comparaciones.

DOMINGO. Es que tú empiezas a pensar en el deporte. En una situación así, cuando tenemos que reflexionar sobre nosotros mismos.

ANGÉLICA. No me mires como si no me entendieras. Como si yo sola fuera la responsable de que tu hijo...

DOMINGO. Es fantástico lo bien que sabes leer las miradas.

ANGÉLICA. ¡Esto sí que no!

DOMINGO. Pero este gol tenemos que reconocerlo. Es de nuestro propio hijo. Un gol en contra.

ANGÉLICA. Pero él dice que fue una equivocación...

DOMINGO. Sólo que en nuestra casa nunca se ha hablado de las equivocaciones. Directa y abiertamente y por el cabo exacto. Nos hemos acostumbrados a rozarlas solamente. Patear el problema para el "out". ¿No es cierto, mamita?

ANGÉLICA. ¿Qué clase de insinuaciones son ésas?

DOMINGO. No tenemos otro remedio. Tenemos que jugar abiertamente.

MELITA. Por fin se va a discutir aquí.

ANASTASIA. Tú ve a vestirte. No andes saltando aquí, semidesnuda, delante de este muchachote extraño. En una situación tan seria. /Desaparece con Melita./

ANGÉLICA. /Al quedarse sola con su esposo e hijo./ ¿Domingo? ¿Tú no preparaste a propósito esta situación?

DOMINGO. Sí. ¿Voluntariamente me dejé partir la cabeza por mi hijo, para demostrarme a mí mismo que no sirvo como padre?

ANGÉLICA. Esa idea, invitar a casa a...

DOMINGO. A un muchachote moralmente corrompido y difícil de educar, para que nos demuestre nuestra impotencia.

ANGÉLICA. Esto sólo pudo surgir de tu cabeza.

DOMINGO. Aunque no pensaba que ya la primera noche, lo iba a lograr tan bien.

ANGÉLICA. Hermoso escándalo. En esta ciudad, nadie vivió todavía algo semejante. Públicamente, secar los trapitos al sol.

DOMINGO. ¿Por qué me gritas a mí, si ya conoces al verdadero culpable del escándalo?

RADO. He dicho que fue una equivocación.

ANGÉLICA. No te habría ocurrido nada, si no te hubieras metido en asuntos ajenos.

DOMINGO. ¿Cómo puedes decir algo semejante, después de lo ocurrido?

ANGÉLICA. Es que me adelanto a pensar también por ti. A ti, dentro de unos días se te cerrará el tajo, pero, a tu hijo, si esto se divulga, dentro de unos días lo expulsarán del colegio.

DOMINGO. ¿Quién lo podría divulgar? El asunto, por ahora, está entre nosotros. Haré la denuncia confidencialmente.

ANGÉLICA. ¿Tú serías capaz de eso? Denunciar a tu propio hijo?

DOMINGO. ¿Crees que Cirilite es un muchacho tan honrado, que no lo hará correr? ¿Que no abrirá la boca? De ninguna manera. Por la mañana todo el castillo se divertirá a costa nuestra.

ANGÉLICA. Ya dije que no lo dejaremos salir.

DOMINGO. ¿Lo dices en serio?

ANGÉLICA. Absolutamente. Se quedará aquí y lo demás lo arreglaré yo con él.

DOMINGO. Angélica, por favor, te lo prevengo. Presionar moralmente a un muchacho de esa edad es lo más terrible.

ANGÉLICA. En este caso, por favor, deja la moral por mi cuenta.

DOMINGO. Si tomamos el asunto por el cabo exacto, Rado tendrá merecidamente un cero en conducta y listo.

ANGÉLICA. Hermosa perspectiva para después de su bachillerato.

DOMINGO. Pero no puedes querer que ese muchacho se calle y mienta.

ANGÉLICA. Ahora se trata del nuestro y no de un muchacho ajeno.

DOMINGO. /A Rado./ ¿Y tú? Tú, naturalmente, no puedes estar de acuerdo con esto. ¿Qué te dice tu orgullo?... ¿Tu honor?

RADO. Comprende, papá. En una situación semejante, estas frases de novela...

DOMINGO. Angélica, yo te prevengo. Recuerda lo que todavía decías por la noche. Que no es un chico corriente. ¿Sabes qué consecuencias puede acarrear?

ANGÉLICA. Justamente por sus padres-funcionarios lo vamos a tener amarrado. Algo por algo.

DOMINGO. ¿Y a esto tú le llamas método educativo?

ANGÉLICA. Este no es momento para meditaciones.

DOMINGO. ¿Y cuándo? ¿Cuándo, por fin, habrá tiempo en esta casa?

ANGÉLICA. ¡Lo encontrarás! Ahora sólo te ruego, no te metas en nada.

DOMINGO. ¿Quieres decir que...?

ANGÉLICA. No me llesves a la desesperación con tus preguntas. En cualquier momento el muchacho abre la puerta y nosotros tenemos que estar preparados.

DOMINGO. Te advierto que te jaquearé cada jugada.

RADO. Papá, trata de entender. Mamá tiene razón. En esta situación.

DOMINGO. Es necesario ser valiente y darle la cara a la verdad.

No otra cosa. /Va hacia la puerta./ ¡Cirilito!... ¿Cirilo?

ANGÉLICA. ¿Qué quieres hacer?

DOMINGO. En seguida verán. No les ocultaré nada. A partir de hoy, en esta familia no se ocultará nada. No se fingirá. Se irá, en todo, derecho al grano. ¡¿Cirilo?!

ANASTASIA. /Se detiene delante de la puerta del baño./ ¿Dios, no le habrá pasado algo a ese muchacho?

DOMINGO. ¡¿Ciro?!

ANASTASIA. No contesta.

MELITA. /Abre la puerta del baño./ Pero si él no está aquí.

ANGÉLICA. ¿No está?

MELITA. La ventana está abierta.

RADO. ¡Huyó!

ANASTASIA. ¡Dios misericordioso!

MELITA. Aquí hay un papel.

ANGÉLICA. ¡A ver!

MELITA. /Lee./ Para el señor Domingo.

DOMINGO. ¡Los anteojos!

ANGÉLICA. /Le arranca la carta a Melita./ "Creo que salió todo bien. Ya no soy más necesario aquí. Le deseo suerte. La necesitará mucho."

MELITA. ¡Papá, eres fantástico!

ANGÉLICA. ¡Farsante!

DOMINGO. ¡Un muchacho honrado!

ANGÉLICA. Nos engañó.

DOMINGO. ¿Por qué? Él vino para vengarme. Hizo su parte y como un verdadero caballero, desapareció antes de que alcanzáramos a agradecersele.

ANGÉLICA. ¿Y ahora qué?

RADO. Detrás de él. No puede estar lejos.

ANGÉLICA. Tenemos que denunciar esto.

DOMINGO. ¿A quién?

ANGÉLICA. A la policía.

DOMINGO. ¿Quién está aquí en peligro?

ANGÉLICA. Huyó. ¿No oyes que huyó? Tienen que agarrarlo.

DOMINGO. ¿Crees que nos lo devolverán?

ANGÉLICA. ¿Por qué a nosotros? Lo llevarán adonde pertenece.

Tipos semejantes no pueden vivir así no más, como quieran.

Correr por el mundo.

DOMINGO. No le hará daño a este mundo.

ANGÉLICA. Pero algo tenemos que hacer. ¡Piensa en esta situación!

DOMINGO. Ya está claro. Hace mucho que está todo claro. Vamos a la policía.

ANGÉLICA. Yo me vuelvo loca. Que sí, que no. Que vamos, que no vamos. Que es necesario, que no es necesario.

RADO. Pero papá quiere ...ir a la policía conmigo...

DOMINGO. Bueno, por fin, reaccionas con rapidez y precisión.

RADO. Papá, trata de entender. Si quisieras, todo este asunto se podría explicar más o menos lógicamente. Racionalmente.

DOMINGO. ¿Qué significa racionalmente para ti?

ANGÉLICA. Por favor, Domingo, no pongas cara de desentendido. A tu propio hijo...

DOMINGO. Pero si yo estoy pensando con toda el alma... ¿Qué hacer con la primera bofetada que por puro amor nos aplastan nuestros amados hijos?

ANGÉLICA. ¿Qué hacer...? Preguntas, ahora, cuando es necesario responder. ¿Qué haremos?

DOMINGO. Iremos a la policía.

ANGÉLICA. No iremos a ningún lado.

DOMINGO. ¿Cambio de ideas?

ANGÉLICA. La ropa sucia se lava en casa.

DOMINGO. ¿Ocultarlo? ¿Esconderse frente a la verdad?

ANGÉLICA. ¿Y qué?... ¿Seremos los primeros?

/Se oyen tres bocinazos./

ANASTASIA. Dios mío... Están tocando... Tres bocinazos.

ANGÉLICA. ¿Qué tienen ustedes con esos bocinazos?

ANASTASIA. ¿Yo?... Yo nada. Ella.

RADO. Mi hermanita.

ANGÉLICA. ¿Quién puede llamarla con la bocina? ¿Tan de mañana?

ANASTASIA. ¡Melita!... ¿Melita? ¿Oyes? Tocan... Tres veces...

Tocan. ¡Ya está aquí! ¡Seguro que es él! El marinero...

ANGÉLICA. Domingo, haz algo. ¿Qué significa esto?

DOMINGO. Tranquilos, tranquilos.

ANGÉLICA. ¡Melita!

ANASTASIA. ¿Dónde está esta muchacha?

ANGÉLICA. ¿En dónde está?... ¿Dónde puede estar? Tiene miedo.

¿Qué significa esto?

DOMINGO. /Abre la puerta del baño./ Melita, no tengas miedo.

No te pasará nada. Sal y ve a recibir a tu huésped.

/Silencio./

¿Melita?

ANASTASIA. No está.

ANGÉLICA. ¡Jesús mío!

RADO. ¿Se las picó?

ANASTASIA. ¡La ventana del baño!

RADO. ¿Huyó con él?

ANGÉLICA. Se pusieron de acuerdo. Durante la noche. En este sofá.

RADO. Hay que agarrarla. En seguida a buscarla. No puede estar lejos.

ANGÉLICA. Esto es el fin. Huyó por la ventana. A los quince años. Esto es el fin. /Al hijo./ ¡Y tú qué haces ahí parado? ¡Corre! ¡Corran todos! ¡Tenemos que agarrarlos! ¡Tenemos que encontrarlos!

DOMINGO. Esperen. ¿Y qué si los atrapamos? ¿Qué haremos después?

ANGÉLICA. Lo terminaremos rápidamente. Eres su padre, ¿no? ¿Tú no sabes qué se hace en estos casos?

DOMINGO. No. Sinceramente no sé, pero esta chica despierta en mí una nueva esperanza.

ANASTASIA. ¿Una esperanza? ¿Con su huída?

DOMINGO. Ella ve el problema de acuerdo con sus principios.

/Bocina./

ANASTASIA. Dios, y ése toca y toca la bocina.

DOMINGO. Hay que abrirle.

ANGÉLICA. ¿Y qué le decimos?

DOMINGO. La verdad.

ANGÉLICA. De ninguna manera... En esta situación no podemos dejar entrar a nadie aquí.

DOMINGO. ¿Es marinero?

RADO. Grumete.

DOMINGO. Los grumetes son, seguramente, hombres valientes y honrados. Éste, seguro que lo entenderá. Vayan a abrirle.

ANGÉLICA. ¿Y si pregunta por ella, que en dónde está?

ANGÉLICA. Le diremos que llegará más tarde, que está cumpliendo una misión muy importante.

/Suena el timbre de la puerta./

Vayan a abrirle.

ANGÉLICA. Pero hablar, hablarás tú.

DOMINGO. Al fin, por lo menos una vez, tendré aquí la palabra.

ANASTASIA. ¿Entonces hay que abrirle?

RADO. ¿No tendría que ir detrás de ella por en baño? No tiene por qué enterarse.

DOMINGO. ¡Espera!

Escena quinta

Malvina y los anteriores.

MALVINA. /En la puerta./ Buenos días.

ANASTASIA. ¿Malvina?

MALVINA. ¿Los desperté?... ¿A todos? ¿Levantados como en caso de alarma? ¡Vaya! No quería. Me dije, sólo tocaré el timbre. Este... Vine mientras el asunto está fresco. Esa viejita de cien años, de nuestro asilo. Murió anoche. Entonces me dije que si quisieras. Toma tus cosas. Aunque la comida... Bueno, pero si tanto deseas irte al asilo, entonces, vamos. Por las noches cantamos, rezamos, se puede aguantar. Y aquí habrá más lugar, ¿no es cierto? Los hijos crecen. ¿Y Melita? ¿Dónde está?

ANGÉLICA. Todavía duermo.

MALVINA. Duerme... Ah, por eso... Entonces sólo me pareció. Hombre viejo, máquina vieja. Como si la hubiera visto. Pero yo no sólo me estoy poniendo sorda, sino parece que también ciega...

ANGÉLICA. ¿En dónde? ¿En dónde la ha visto?

ANASTASIA. ¿Dónde?

MALVINA. Me pareció que subía a un autobús, con un morocho.

DOMINGO. ¿A un autobús?

MALVINA. Al siete o al seis. Yo venía muy de prisa.

ANGÉLICA. El siete. ¿Y a dónde va el siete?

DOMINGO. Tiene la terminal en la castillo.

ANGÉLICA. ¿Qué haremos?

DOMINGO. Eres su madre, ¿no?

ANGÉLICA. De la misma manera que tú eres su padre.

DOMINGO. Qué otra cosa nos queda... Comencemos.

ANGÉLICA. Pero, ¿cómo?

DOMINGO. Sin duda que de otra manera como hasta ahora.

ANGÉLICA. ¿De otra manera? ¡Por supuesto que de otra manera!

¡Pero no te quedes ahí parado! No se queden todos como postes. Hay que hacer algo. Los minutos corren.

DOMINGO. Pero, ¿cómo empezar?

ANASTASIA. Dios mío, naturalmente, por el cabo.

DOMINGO. Sí... Por él. ¿Pero cuál es el exacto?

ANASTASIA. Pero si eres su padre. ¿Qué preguntas? Tienes que saberlo.

DOMINGO. ¿Quién lo sabe? Que me lo revele... ¡Por favor! ¡Buena gente! ¡Aconséjenme! Será el acto más meritorio que pueda hacer alguien en este mundo, y en estos momentos. Esa risa, /al público/ a ustedes, estimados, puede helárseles muy rápidamente en la cara. ¡Tengan cuidado! ¿Ven?... Y el que no cree... Miren... /Comienza a quitarse la venda de la cabeza./ Hagan el favor. Pueden convencerse. Aún no me sacaron los cuatro puntos.

O S C U R I D A D - F I N

Ján Solovič

S O S

Preložili M. Rivas a M. E. Andrašíková

Redigovala E. Adamíková

Korigovala M. Rivas

Odpísal A. Štaffen

Rozmnožila LITA Bratislava
v novembri 1969

AH 3,43

1638-3

Číslo C 1/69-2477/69



Všetky práva vyhradené.

Tento exemplár je rozmnožený ako rukopis. Právo hrať dáva iba Slovenské divadelné a literárne zastupiteľstvo, Bratislava, ul. Čs. armády 31/III, telefón 55007, od ktorého podľa vyhlášky Ministerstva školstva a kultúry č. 99 z 25. VI. 1958 sú divadlá a usporiadatelia verejných divadelných predstavení povinní vyžiadať si vopred súhlas ku každému predstaveniu. Tento rukopis je majetkom Slovenského divadelného a literárneho zastupiteľstva. Nesmie sa predávať, požičiavať, odpisovať ani inak rozmnožovať. Nedovolené použitie chráneného diela je trestné!

Expedícia divadelných textov a styk s ochotníkmi: Bratislava, Markušova ul. č. 4, tel. 54394